

La vida de Sócrates, según G. Manetti

UÑA JUÁREZ, AGUSTÍN

Como contribución al esclarecimiento y estudio de las "*Vitae philosophorum*", ofrezco un texto bien célebre: la *Vida de Sócrates* del florentino y amigo de hispanos, Giannozzo Manetti. Se trata de un mirador de excepción por el puesto que ocupa en el desarrollo del primer humanismo. A él se debe una notable intervención en el tema del hombre nuevo, reivindicado como realidad central o autónoma a causa de su propia *dignitas*¹. Y fue esa misma inquietud por el hombre y las *litterae humaniores* lo que llevó a redactar una nueva biografía intelectual de Sócrates y de Séneca. Ambas fueron dedicadas a personajes tan hispanos como Alfonso V de Aragón, el "Magnánimo", y al célebre cordobés Nuño Guzmán, a cuyo padre, Luis Guzmán, Gran Maestro de Calatrava, dedicó también otro escrito. Es, pues, un nuevo paso por el que Sócrates y Séneca se aproximan a España conducidos por Italia. Razones de espacio me obligan, no obstante, a limitarme por ahora a la biografía de Sócrates, la primera que la edad moderna dedicó al gran maestro ateniense. Y, por lo demás, bien representativa de los usos y directrices vigentes para esos temas en aquella época. Una larga tradición le precedía desde las biografías antiguas, de cuyas concepciones y criterios me ocupé ya anteriormente². Para no interrumpir la lectura del texto, cuya traducción —directa y

¹ Su escrito más célebre es, sin duda, *De dignitate et excellentia hominis*, en cuatro libros, del que hay edición antigua de Basilea 1532, y más reciente, por E. R. LEONARD, Padova 1975. El tema, como alba de una nueva humanidad, tuvo, según se sabe, particular resonancia en Italia: cf. KLEIN, A., *La dignità dell'uomo nel pensiero del Rinascimento*, Torino, Giappichelli, 1976, donde se estudia el auge de esa cuestión y su tratamiento concreto por parte de B. Fazio, G. Manetti, M. Palmieri, P. Bracciolini, B. Sacchi, Chr. Landino, L. B. Alberti, M. Ficino, J. Pico della Mirandola, T. Campanella. Particular actualidad cobra entre nosotros a causa de la reciente traducción de la obra del mirandolano (Madrid, ed. Nac., 1984) y la edición de PÉREZ DE OLIVA, F., *Dialogo de la dignidad del hombre*, Madrid, ed. Nac., 1982. Un buen resumen del tema puede hallarse en KRISTELLER, P. O., "La dignità dell'uomo", en su obra *Concetti rinascimentali dell'uomo*, Firenze, La N. Italia, 1978, 3-27, donde recuerda estudios previos de G. Gentile, Ch. E. Trinkaus, G. Saitta, E. Garin,... Véase ese mismo estudio de KRISTELLER, traducido, en *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, México, FCE., 1982, 230-244.

² Cf. UÑA JUÁREZ, A., "Aproximación a la *Vita Platonis* en discusiones y textos", en mi reciente obra: *Herméneusis. Estudios y textos de historia de la filosofía*, El Escorial, EDES, 1987, 19-108, espec. 24 ss.

primera a nuestra lengua— a continuación ofrezco; presento aquí algunas indicaciones a modo de introducción de urgencia.

1. Giannozzo Manetti: personalidad y reivindicación del hombre

De los datos de su vida (1396-1459) recordaré sólo, y rápidamente, los más imprescindibles para situarlo en una época como la suya, de gran ebullición histórica, entre un medievo otoñal y la innovación de la modernidad de Europa. Nacido en Florencia en 1396, fue alumno de Traversari, quien lo inició en ese nuevo saber que ahora dirige su mirada a la antigüedad modélica en un nuevo “curso” de letras de humanidad. En esa misma línea de preocupación por la nueva *Bildung*, mantuvo un amistoso intercambio con personajes descolantes en ella, entre los que destaca Leonardo Bruni d’Arezzo. Ejerció algunos cargos públicos en su ciudad natal de Florencia. Pero fue la praxis política y sus opciones las que determinaron los caminos de su vida. La oposición a los prepotentes Medici forzó su destierro en la lejana Nápoles. Allí entró en contacto con una célebre personalidad hispana: Alfonso V de Aragón, a cuyo servicio se puso, redactando para el “Magnánimo” monarca notables escritos de historia, tal como ocurrirá también en casos parecidos de otros filósofos, como Leibniz, Hume... Al propio rey dedicará ambas biografías, no sin anteponer el consabido prólogo con la consabida loa a tan “excelso y sublime” protector. Era el uso.

Una intensa actividad literaria llevó a G. Manetti a frentes muy diversos del saber. En línea con una de las preocupaciones que simbolizan su hora cultural, se entregó a incansables trabajos de traducción. Entre sus versiones de variadas lenguas, figuran, sobre todo, los escritos “aristotélicos” de ética: *Gran Moral*, *Ética a Nicómaco*, *Ética a Eudemo*. A sus traducciones bíblicas hace alusión rápida P. O. Kristeller³. Tradujo también obras antiguas de apologética. Su pensamiento no está aún bien estudiado, por lo que el propio Kristeller considera a Manetti como un gran desconocido⁴. Sólo algunos estudios de conjunto comienzan a abrir camino a sus ideas⁵. Lo más conocido de toda su producción —y, posiblemente, también lo más logrado— es su obra en torno a la dignidad del hombre, objeto ya de cierto estudio⁶. No es mi propósito aquí entrar precisamente en su análisis. Recordaré únicamente que en el “retorno del

³ Cf. KRISTELLER, P. O., *El pensamiento*, cit., 101. Biógrafo apasionado por este quehacer literario, Manetti escribió también tres célebres vidas: la de Dante, Petrarca y Boccaccio, cf. SOLERTI, A., *Le Vite di Dante, Petrarca e Boccaccio*, Milano 1901.

⁴ Cf. KRISTELLER, *Concetti*, cit., 11.

⁵ Entre ellos, BADALONI, N., “Filosofía della mente e filosofia delle arti in Giannozzo Manetti”, en *Critica storica* (1963), 395-450; WITTSCHIER, H. W., *Giannozzo Manetti. Das Corpus der Orationes*, Köln-Graz 1968.

⁶ Cf. GENTILE, G., *Il pensiero italiano del Rinascimento*, Firenze 1940³, 90-113; KLEIN, A., *La dignità*, cit., 30-57.

hombre”, operado desde el alba de la modernidad, G. Manetti ocupa un puesto destacado al hacer del mundo humano lo más excelente y digno de consideración por parte del propio hombre, esa vuelta sobre sí mismo que llevará la marca gnoseológica de una modernidad cartesiana y autónoma. Elogia, en consecuencia, el ser del hombre por su razón, desplegada en actitud para las artes, habilidades, conocimientos y logros de todo tipo... Asume en esta *laus hominis* viejos elementos doctrinales platónicos y patrísticos y mantiene su particular polémica frente al pesimismo antropológico del conocido escrito de Inocencio III (Escrito que —dicho sea de paso y quedo— a nadie representa más que a sí mismo, como demuestran las recientes Actas del Séptimo Congr. Int. de Filos. Med., sobre el tema: *L'homme et son univers au moyen âge*, aparecidas en Louvain-La-Neuve 1986, con más de 90 estudios que reflejan la variedad de posturas optimistas del medievo sobre el hombre y su “mundo”). Con todo ese nuevo bagaje, Manetti se sitúa más allá del llamado “humanismo civil”, de finales del siglo XIV, de un C. Salutati, L. Bruni d'Arezzo...⁷. En el elogio del hombre por Manetti aparecen rasgos que serán secundados por Marsilio Ficino, como observa un buen conocedor de ambos, P. O. Kristeller⁸. Por cuanto contiene y por cuanto insinúa y abre, R. Mondolfo ve en el escrito principal de Manetti una auténtica piedra miliar en la comprensión moderna del hombre:

“A partir especialmente del *De dignitate et excellentia hominis* de Giannozzo Manetti..., las celebraciones de la divinidad e infinitud espirituales del hombre, de su capacidad ilimitada de conocimiento, de comprensión de la verdad infinita, de progreso en la realización de creaciones nuevas, se siguen y se renuevan a continuación, acentuando en un crescendo progresivo las afirmaciones de la superioridad humana que ya entre los humanistas había expresado Coluccio Salutati, Giovanni di Prato, Francesco Filelfo, Leonardo Bruni, Pier Paolo Vergerio, Guarino de Verona, Lorenzo Valla, Maffeo Vegio, Poggio Bracciolini, Bartolomé Sacchi apodado el Pátina, Mateo Palmieri y otros”⁹.

Pero antes de pasar a su biografía de Sócrates, bueno será considerar brevemente el marco general en el que se inscribe.

2. “Vestigia philosophorum” y biografía medieval

Los biógrafos modernos del primer humanismo —entre los que figura Manetti junto a un importante grupo— vuelven su mirada a los grandes

⁷ Cf. MALUSA, L., *Dall'Umanesimo alla controriforma*, Milano, Marzoratti, 1975, 40 ss.

⁸ Cf. KRISTELLER, *Concetti*, cit., 13.

⁹ MONDOLFO, R., *Figuras e ideas de la filosofía del Renacimiento*, Barcelona, Icaria, 1980, 233.

modelos antiguos, en especial a Plutarco. Así se lee expresamente en la biografía que aquí presento. Pero lo hacen en continuidad efectiva con el medievo, desmintiendo, al menos en este punto, la polémica que mantienen ya en curso frente a la "edad oscura"¹⁰. La continuidad con el medievo en materia de biografía tiene hoy el estatuto bien fundado de conclusión científica. Surge, entonces, esta cuestión: ¿por dónde penetró el "material" biográfico en la Edad Media, cuando de biografía filosófica se trata, y cómo se expansionó hasta conectar con ello el humanismo de la modernidad incipiente? He aquí un problema olvidado hasta no hace mucho pero recientemente acometido con renovado empuje. Se trata de seguir las huellas que los *philosophi* dejaron en su camino medieval. Resumen de cuanto hoy se sabe es una obra reciente de G. Piaia sobre el particular¹¹. Se nos recuerda en ella cómo a falta de una verdadera y propia "historia de la filosofía" (en el sentido convencional de la "*historia philosophica*", a partir del siglo XVII), abundan durante el medievo las alusiones y demás materiales que la harán posible, una vez superada la prevención racionalista frente a la historia como portadora y vehículo de verdad¹². Hasta tal punto, que "aun carente por ahora del *status* de disciplina autónoma, sin embargo una historiografía medieval ha existido", sobre todo por la circulación creciente de un núcleo notable de materiales de historiografía antigua, incrementados durante la propia edad media y a los que la investigación contemporánea no siempre dirigió su atención¹³. Y dentro de ese núcleo historiográfico general, tuvieron particular cabida los intentos biográficos.

Preocupó, pues, a los medievales la biografía de los grandes hombres y, en particular, las *vitae philosophorum*, ya que grandes protagonistas del pensamiento figuraron casi siempre entre los "tipos" humanos y géneros de vida (*génos biou*) más admirados de aquella edad. La raíz es profunda. Se halla en una peculiar comprensión del peculiar tiempo del hombre llamado *historia*. Para el hombre del medievo el de-curso de la humanidad se entiende como *per-vivencia* y *fort-leben* que mantiene en vivencia

¹⁰ Cf. GARIN, E., "Edades oscuras y Renacimiento", cap. I de su obra: *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Grijalbo, 1981, 31-71.

¹¹ PIAIA, G. "*Vestigia philosophorum*" *Il medievo e la storiografia filosofica*, Rimini, Maggioli, 1983. Como es sabido, la expresión "*vestigia philosophorum*" es el subtítulo de un gran biógrafo de los filósofos durante el medievo, Juan de Salisbury, cuyo celeberrimo escrito, el *Policraticus*, ha sido recientemente traducido a nuestra lengua (Madrid, Ed. Nac., 1984).

¹² Recuérdese que M. Grabmann veía una excepción en el pensador británico del siglo XIV, Walter Burley, cuyo escrito historiográfico *Liber de vita et moribus philosophorum* constituiría el único trabajo histórico-filosófico de la escolástica medieval. Sobre este particular remito a mi obra *La filosofía del siglo XIV, contexto cultural de Walter Burley*, El Escorial 1978.

¹³ PIAIA, G., "*Vestigia...*", cit., 13. Habla de una "diáspora de la historiografía antigua" (p. 16). En realidad, fue toda la cultura antigua la que en el medievo entró en régimen de diáspora. De otro modo: la Edad Media dio cobijo a la cultura antigua como pudo (y no en el régimen idealizado que alguien imaginarse pueda).

propia a los hombres que ya vivieron. Y pensar es, por eso mismo, acontecimiento de tradición, por vía de identidad y apropiación, como ha demostrado, entre otros, J. Leclercq. No cabe para ellos interrupción definitiva de la historia sino sólo “*translatio*” de valores humanos culminantes, como el *imperium* o la *sapientia*. Y, así, por insondables caminos, vienen a coincidir con el mismísimo J. Ortega y Gasset cuando ve imposible una ruptura perfecta en el mundo humano —contra lo que es factible en la “historia natural”— o cuando entiende al hombre como radical heredero —frente a la “borrachera” rupturista de la ilustración. Se piensa siempre en contacto con los “auctores”, pues somos —decía Juan de Salisbury— enanos sobre las espaldas de viejos gigantes que nos alzan para ver más lejos.

No hubo, pues, interrupción medieval de la *sapientia* clásica, como en tiempos remotos se pretendió. Pero hay que decir que los venerados “auctores” pagan todos al medievo, como precio por su hospitalidad, ciertos retoques de doctrina y biografía. Con un tinte de ironía, cabría entenderlo como una puesta a punto para sentirse actualizados en aquellos días, mediante una pequeña remodelación de su figura. Por lo que hace a biografía, afectaba sobre todo a un punto sensible entre medievales: su efigie moral. Si desde antiguo biografiar era *encomiar*, ahora se acentúa el *moralizar*. Todo biografiado, sin posible excepción, había de “convertirse” en *exemplum* —oro de Egipto al servicio de Israel— en modelo de vida, dechado de virtudes y canon de rectitud convencional. Hasta los más “renitentes” hubieron de entrar por ello, como lo muestra la fatiga en torno al *Ovidius moralizatus* en la madurez medieval. Eran originales, puesto que toda biografía era ya interpretación.

Tras este y algún que otro retoque apologético e interpretativo, los *philosophi*, con cara lavada, fueron de hecho reiteradamente presentados en su figura humana, tanto por sus “admirables hechos” como por sus “excelentes dichos”. Esa presentación iba desde las aulas universitarias a los púlpitos, pasando por libros “de espíritu”. Pero siempre, con diferentes dosis, estaba presente el “exemplar virtutum”. Multitud de materiales biográficos pasaron filtrados a través de Agustín de Hipona e Isidoro de Sevilla. Pero más decisivos fueron los criterios que ellos mismos y otros establecieron para el “trato” intelectual “*cum philosophis gentium*”, en expresión isidoriana. Particular auge cobró la biografía filosófica a partir del siglo XII, con el *Chronicon* de Otón de Frisinga y con el aludido *Policraticus* de Juan de Salisbury. El preferido venía siendo Platón, por razones bien sabidas de una pretendida proximidad doctrinal. Hasta Guillermo de Ockham, el platonismo proporciona fundamento último a todo intento de racionalidad medieval. Sin embargo, el celeberrimo *Speculum maius*, de Vicente de Beauvais, refleja una nueva situación en el siglo XIII. Aquí obtienen tratamiento sistemático y amplio las *Vitae philosophorum*. Por la misma época —o quizá algo posteriormente— alcanza particular relieve una obra introductoria a la filosofía y a su desarrollo histórico: el *Compendiloquium de vita et dictis illustrium philosophorum*,

de Juan de Gales¹⁴. La biografía se erige aquí, en cierto modo, en campo autónomo: como algo valioso de suyo y digno de ser, en cuanto tal, sabido. En fin, la gran biografía medieval de los filósofos se cierra, hacia 1330, con la obra de Walter Burley, *Liber de vita et moribus philosophorum*, especie de Diógenes de Laercio redivivo aunque combinado con multitud de otros materiales antiguos y del propio medievo¹⁵. A partir de aquí, un nuevo espíritu de la cultura literaria, menos escolástica, más directamente atenta al hombre y a su mundo personal interior, a través de S. Agustín y los clásicos, se revela en la nueva actitud biográfica de Petrarca y Boccaccio, con lo que alcanzamos ya la atmósfera cultural misma que respirará Manetti.

3. Vidas de Sócrates y de Séneca

G. Manetti escribió conjuntamente las biografías de ambos pensadores. Aquí me limito —por razón de espacio— a traducir la primera que es, en realidad, la añadida a su primer proyecto: biografíar a Séneca como obsequio a dos hispanos y uno de ellos, además, —Nuño— natural de Córdoba. En otra oportunidad añadiré también esta segunda biografía. El estudio más perfecto de ambas lo constituye la introducción que A. De Petris antepone a la edición del texto latino original, el más logrado y crítico y el que en mi traducción sigo¹⁶. Mejora ampliamente intentos previos en igual sentido¹⁷. Recordaré aquí muy brevemente datos básicos. En la redacción de la obra, proceso y fecha, distingue De Petris tres momentos: 1) primera redacción, de 1440, dedicada a Nuño de Guzmán; 2) segunda redacción, después de 1450, dedicada a Alfonso V de Aragón, rey de Nápoles; 3) revisión final, por Agnolo, hijo de Manetti, no antes de 1456. Todo esto aclara los dos prólogos de la obra. Doctrinalmente, es de advertir la persistencia de un amplio anecdótico sobre la figura doctrinal y humana de los biografiados. Nótese, pues, cómo los procedimientos de la biografía antigua y medieval continúan vigentes en la primera

¹⁴ Es uno de los más serios esfuerzos de introducción teórica e histórica a la filosofía durante el medievo, juntamente con otros bien conocidos de los siglos XIII y XIV. La obra de Juan de Gales resulta muy sugerente, como hace ver el propio G. Piaia (125-142). A través de esta obra pasaron múltiples materiales hacia las literaturas hispánicas, punto que ahora comienza a ser "revolucionado" por mejor conocido: cf. WITTLIN, C. J., "La *Summa* de Colaciones de Juan de Gales en Cataluña", en *Est. francisc.*, 72 (1971), 190-196; mejor: GUARDIOLA, C., "La influencia de Juan de Gales en España", en *Antonianum* (Roma), 60 (1985), 99-119; BLÜHER, K. A., *Séneca en España. Investigaciones...*, Madrid, Gredos, 1983.

¹⁵ Sobre este escrito de Burley, cf. mi estudio cit. nota 12, espec. 83-88, y aportaciones recientes de PRELOG, J., en *Codices manuscripti* (Viena), 9 (1983), 1-18 y en *Mittelalt. Jahrb.*, 20 (1985), 164-183.

¹⁶ DE PETRIS, A. (edr.) *Giannozzo Manetti, Vita Socratis et Senecae*, Firenze, L.S. Olschki ed., 1979, cf. introd. 3-105, cf. texto de la vida de Sócrates, 109-166.

¹⁷ De la biografía de Sócrates sola, por M. Montuori (Bibl. "De Homine", VI), Firenze, Sansoni, 1974. De Séneca solo, por C. Moreschini, en *Ann. d. l. Sc. Norm. Sup. d. Pisa*, ser. III, 6 (1976), 847-875.

biografía moderna. Permanece también su sentido de apología y encomio. Pero a la tonalidad moral, ya sólita, se añade ahora el matiz humano que la cultura literaria adquiere, al orientarse decididamente en el sentido humanista del "*hominem humaniorem facere*". Se pretende, igualmente, hacer realidad el nuevo ideal humanístico: unir compromiso civil y vida de letras, actividad y "*otium*".

De las fuentes de la obra cabe hacer este resumen escueto; 1) remotas o antiguas: Diógenes de Laercio, Platón, Jenofonte, Cicerón, Apuleyo, Séneca...; 2) intermedias o medievales: Juan de Salisbury, Vicente de Beauvais, Juan de Gales, Walter Burley...; 3) próximas o primeros humanistas: Petrarca, Boccaccio.. De estas y otras ofrece De Petris detallado estudio¹⁸. Pero Manetti elabora esos materiales combinándolos —no sin cierta arbitrariedad, a veces— y añadiendo a ello un ligero comentario.

Ambos escritos, con sus dos dedicatorias, están indicando una intensa relación doctrinal entre la Italia del siglo xv y España. Manetti profesaba una honda y sincera amistad hacia Nuño de Guzmán: "*cum eo singularem quandam amicitiam contraxi*"¹⁹. Y pese al abandono en que yace este asunto, tocamos aquí un momento de alto interés cultural en la historia del humanismo hispano a cuyo esclarecimiento doctrinal e histórico deseo contribuir con la traducción de esta obra²⁰.

[PREF. I: A NUÑO]

*Comienza felizmente el Proemio de Iannozzo Manetti,
ciudadano florentino,
a las Vidas de Sócrates y de Séneca, dedicado a Nuño de Córdoba*

(1) Si las disposiciones humanas, amable y muy querido Nuño, bastaran a los hombres para obtener sus deseos del mismo modo que las imaginan cuando piensan, me ocurriría ciertamente a mí en esta prefectura Pissiatina que podría, a mi juicio y arbitrio, gozar libremente del maravilloso ocio aquel de la dedicación a las letras. Buscando lo cual, colocado por la suerte en el gobierno de esta provincia, me había aproximado al mando no contra mi voluntad sino para que, partiendo, pudiera verme

¹⁸ Cf. DE PETRIS, A., *Giannozzo...* cit., 67 ss.

¹⁹ Tres personajes de Italia mantuvieron especial amistad con Nuño Guzmán después que éste, en viaje aventurero por Italia, viniera a dar en Florencia el año 1439, en pleno concilio sobre la "cuestión griega". De ahí arrancó la amistad con Manetti: la dedicación de estas *Vidas*, la redacción de una *Apologia Nunnii, equitis hispani...* (inédita), la dedicatoria de otros escritos de historia hispana... Otro humanista de entonces, biógrafo del propio Manetti, de Eugenio IV. Alfonso V..., compuso también una elogiosa *Vida* del mismo Nuño. Finalmente, el humanista Pier Candido Decembrio dedicó amistosamente a Nuño su traducción de las *Vidas* de César y de Alejandro.

²⁰ Cf. CAGNI, G. M., "Agnolo Manetti e Vespasiano da Bisticci", en *Italia med. e Uman.*, 14 (1971), 193-312. Contexto: DI CAMILLO, O., *El humanismo castellano del siglo XV*, Valencia, F. Torres ed. 1976.

libre, ocasionalmente al menos, y apartarme algo más lejos del estrépito vehemente y turbulento de los negocios civiles, de modo que no estuviera siempre resonando en mis oídos.

(2) Pero como, por haber estallado la guerra aquí y allá no pudiera alcanzar el ocio que deseaba, impedido por tiempos fluctuantes e inquietos, todo mi quehacer lo consumía en asuntos bélicos y en provisiones frumentarias, siempre que ello era preciso, debiendo posponer todo lo demás. De ambas cosas —sobra de la una y falta de la otra— era aquejada, a un mismo tiempo, casi toda la región de Florencia. Y en tal situación, con penurias de la época y con particular malestar de alma y de cuerpo, ocupado durante cerca de tres meses enteros sólo en proteger las defensas y en disponer los centinelas, arrastraba mi vida de muy mala gana.

(3) Entretanto, sucedió por divina providencia según creo que los enemigos del pueblo de Florencia —que con grandes ejércitos casi toda la región la habían asolado con crueldad extrema y sin piedad además de con la costumbre hostil de destruir con aire de vencedores por diversos lugares aquí y allá— fueron derrotados por nuestros ejércitos cuando entraron en combate en la campiña aretina, cerca de la ciudad de Anglare (así la llaman sus habitantes), de tal suerte que muchos murieron luchando, otros muchos fueron capturados y los restantes, juntamente con Picinino, aquel su emperador tan esclarecido y célebre, se vieron obligados a procurar su salvación en la fuga, abandonados muy ignominiosamente sus banderas y pertrechos en las manos de sus vencedores.

(4) Habiendo, pues, obtenido esta victoria muy excepcional e ilustre de tan feroces y dañinos enemigos, parecían disiparse ya todas mis preocupaciones anteriores por fortificar las defensas y proteger a los ciudadanos. Y por tanto, con el ocio literario, del que durante tanto tiempo había carecido y a cuyo favor ahora retornaba, me pareció más acertado si el resto de aquel tiempo que al término del ocio de tal magistratura se me daba, lo empleara en escribir y en poner por escrito mis pensamientos, más bien que sólo en leer,

(5) Y lo hacía gustosamente, impulsado sobre todo por dos razones. Una: que si durante toda esta mi prefectura no escribiera nada y lo retuviera todo únicamente en la memoria, juzgaría que habría de ser torpe y a la vez frívolo, perezoso y vacío para los hombres de letras un empleo así de la duración de un semestre. En efecto, el papa Dámaso, deseando exhortar por carta a Jerónimo a escribir, dice: “Con estas leves cuestiones que te envió determiné despertarte a ti que duermes y durante un tiempo ya largo lees más bien que escribes.

(6) No porque no debas leer, pues de esto como de alimento diario se sustenta y nutre el discurso (*oratio*), sino porque la lectura tendrá su propio fruto si escribes”. A lo cual Jerónimo respondió: “... tengo entre manos un libro de nuestro Dídimo acerca del Espíritu Santo, el cual deseo dedicarte, traducido, para que no pienses que duermo, tú que juzgas como sueño una lectura sin pluma”. Así pues, para que hombres

doctos no juzgaran acaso que dormí durante todo este tiempo de mi prefectura, preferí encomendar algo a la memoria futura y redactarlo más bien que tenerlo callado.

(7) Otra [razón]: que tan pronto como investido de las atribuciones de mi magistratura volví a Florencia, mi patria, supuse que habría de estar de tal modo oprimido por fatigas de grandes tributos y por el peso de excepcionales cargas, que apenas podría respirar ni osaría hacer o emprender cosa nueva alguna. Por lo cual, acordándome del afecto mutuo entre nosotros o, mejor aún cual corresponde, advertido por eso mismo, determiné en tu nombre, amadísimo Nuño, escribir algunas cosas dignas de memoria y desde aquí enviártelas,

(8) Para que mediante estos escritos nuestros, transmitidos desde casi el centro de Toscana / hasta la España interior, a ti, separado de mí por tan amplios espacios de mar y de tierra y en medio de una multitud de excelentes familiares y amigos, especialmente en este tan grande e inusitado esplendor de las nupcias reales de vuestra provincia, pueda de algún modo traerte de nuevo a la memoria mía de amigo alejado y distante, mientras tú vives en la magnificencia regia, y para que el prolongado silencio entre nosotros dos no destruya la amistad mutua entre ambos.

(9) Pues muchas amistades las deshace el silencio, según el dicho antiguo de un cierto sabio. Pero como se me ocurrieran copiosa y abundantemente ciertas cosas nuevas, variadas y múltiples, al pensar escribirte, juzgué que habría de serte aún más grato a ti y a otros si una nueva vida de Séneca que recientemente escribí te la enviara desde Toscana a ti, hombre cordobés y en Córdoba residente.

(10) Pero para que este mi pequeño obsequio te fuera más grato, me complació ampliarlo y adornarlo con la adición de una vida de Sócrates, porque a ninguno pude hallar entre los griegos que pareciera más sabio y más semejante a tu Séneca que Sócrates. Acepta, pues, con ánimo acogedor y alegre esta mi insignificante obrita a ti dedicada, en la que se contienen las vidas —prolijas y amplias, no fragmentadas y breves como en mi volumen *Illustrium longev [ir] orum*— de dos varones del todo singulares, griego uno y latino el otro.

(11) En cuyo asunto he imitado realmente, sobre todos los demás, a Plutarco quien comparó entre sí a ciertos ilustres varones, tanto griegos como latinos, y escribió en griego algunas excelentes *Vidas* de los hombres que compara, y concluyó con ello una amplia y memorable obra que los griegos titularon *Parallela*.

(12) Deseo traducir al latín esto mismo —parece poder llamarse *Collationes*— si bien dice él que a ninguno ha podido hallar entre los griegos a quien, por la excelencia singular de sus virtudes, pudiera comparar a Séneca. Pero yo, dejando de lado a Plutarco y sus comparaciones, me acercaré a nuestros dos hombres, comenzando por Sócrates como más antiguo.

[PREF. 2: A ALFONSO V]

*Comienza felizmente el Prefacio de Iannozzo Manetti a la
Vida de Sócrates y de Séneca,
dedicado a Alfonso [V], rey de Aragón*

(1) Serenísimo y gloriosísimo príncipe: la ilustre vida de Séneca, español, filósofo [o también: del filósofo español Séneca], escrita por mí en otro tiempo en latín, la habría enviado a tu majestad ya antes, de no ser porque estimé que el envío resultaba indigno de tu magnífica prestancia y excelencia.

(2) Pero como, por las cartas de nuestro sobresaliente orador Franco, entendí recientemente que tú has orientado tu mente sólo a los más excelsos estudios de Filosofía Moral una vez leídas por ti hasta ahora las historias y anales de T. Livio y meritoriamente pospuestas ya todas las guerras contra los reyes y pueblos cristianos. Y como, en consecuencia, conociese yo a través de él mismo [Franco] que por tus propias palabras era solicitada y exigida directa y abiertamente la aludida vida de Séneca —quien como consta fue el primero entre los filósofos latinos, con el consenso pacífico, diría yo, de todos ellos— tal envío no pude ya denegarlo ni demorarlo más.

(3) Realmente, si a tan grande y tan eximio y tan poderoso rey no accediera yo a atender sus demandas —sobre todo exigiéndolas tan benigna y humanamente— desagradaría quizá en algo a tu serena majestad, la cual debo cuidar, venerar y complacer ante todo, tanto por la abundancia máxima de dignidades reales cuanto por la gran excelencia de tan numerosos reinos, y no menos por el admirable y casi increíble esplendor de tus muchas y excelentes virtudes, y a quien deseo principalmente obedecer, gratificar y agradar en sumo grado.

(4) Tú, en efecto, en virtud de la singular y señalada benignidad (*humanitas*) para con toda clase de hombres y también por tu destacada benevolencia hacia los varones instruídos y doctos, acepta, te ruego y suplico, con ánimo complacido y alegre, este pequeño don mío a ti dedicado que nunca en verdad hubiera osado enviarte y de cuya brevedad y exigüedad me hubiera avergonzado en gran manera, de no ser, quizá, que fuera por ti mismo exigido, como ya dijimos.

(5) Sin embargo, para que este mi opúsculo no resultara envilecido ante tu regia mirada si apareciera él solo y desnudo y sin comparación alguna con algún otro filósofo griego, determiné completarlo y de algún modo ornarlo con la adición de la vida de Sócrates. Porque a nadie pude hallar entre los griegos —pese a que leí muchas cosas de ellos con diligencia y cuidado— que pareciera más sabio y más semejante a tu Séneca que el propio Sócrates.

(6) Acepta, pues, te ruego y suplico de nuevo, con ánimo regio y benigno, esta mi obrita que a ti te dedico. En la cual las dos vidas de ambos singularísimos varones se contienen prolijas al máximo, no recortadas y

breves como las más de la veces se solió hacer. En el cual asunto, he imitado realmente, sobre todos los demás, a Plutarco, quien comparó entre sí a algunos distinguidísimos varones tanto griegos como latinos y redactó en griego algunas excelentes *Vidas* de los hombres que comparó, y consiguió con ello un gran volumen y una célebre obra a la que en griego denominó *Paralela*.

(7) Las cuales, si quisiéramos traducirlas literalmente al latín, podría no parecer absurdo si las llamáramos *Collationes*, aunque el mismo Plutarco diga que entre los griegos a nadie pudo encontrar con quien comparar a Séneca, por la singular y excelente sobreabundancia de sus virtudes.

(8) Nosotros, sin embargo, haciendo caso omiso de Plutarco y sus comparaciones, aproximémonos directamente a nuestros filósofos, aunque antes toquemos brevísimamente algunas cosas, sólo para un comentario exiguo y momentáneo, no de todas tus excelencias (pues esto parecería exigir y pedir un ingente y muy grueso volumen), sino más bien para una breve y recortada alabanza de tus muchas virtudes y para exhortación humilde y devota de este tu admirable y casi divino designio.

(9) Cuanto más diligente, cuanto más cuidadosamente, serenísimo príncipe, considero para conmigo tanto la generosa y la antigua prosapia de la que descendes, como las sublimes, admirables gestas de tu vida pasada y reparo en este tu presente y laudable propósito, digno de una mente real y absolutamente regia en relación a los estudios más excelentes de Filosofía Moral y de hacer la guerra a los pueblos bárbaros, tanto más vehementemente me vi obligado a alabarte y admirarte, a venerarte y complacerte.

(10) Pues muy a menudo pensando en tus excelentes cualidades, tal y tan grande sueles parecerme que has superado largamente en excelencia y poder, en gloria de empresas acometidas (*rerum gestarum*), en virtudes y, finalmente, en saber (*eruditione*), has superado, repito, ampliamente a todos los demás príncipes de nuestro tiempo e incluso pareces haberte asemejado a todos tus predecesores, no sólo a aquellos reyes muy remotamente antiguos y distinguidos, sino también a Trajano y Adriano, a Teodosio y a Arcadio, a Honorio y al otro Teodosio, quienes, aunque nacieron de padres españoles, no dudamos que fueron, sin embargo, emperadores romanos.

(11) Pero para que alguien no piense quizá que este nuestro parecer acerca de tus distinguidas dotes ha sido expresado en este breve prefacio con ánimo de adulación o coba, recordaremos de pasada sólo algunas cosas de las ya mencionadas. Y en verdad, para comenzar por la ascendencia como principio, tú tomas venerable y generoso origen de antiquísimos reyes españoles, príncipes distinguidísimos y celebérrimos. De quienes recibiste, por larga e ininterrumpida sucesión, amplios y hereditarios reinos. Y esos no sólo los conservaste hasta el presente sino que también admirablemente los aumentaste (*adauxisti*).

(12) Pues, aunque la fortuna, que muchas veces parece resistir a varones fuertes y magnánimos, a ti te fuera vehementemente contraria mien-

tras te ocupabas en varios momentos en una valiente toma del reino de Apulia con tropas de tierra y escuadras marinas, tú, no obstante, lo superaste todo al fin con prolongada paciencia y con admirable y casi increíble aguante de calores y fríos, hambres y noches en vela, de tal modo que todo el antes mencionado reino de Apulia lo sometiste con gloria a tu potestad.

(13) Amplísimo campo se me presenta para divagar, si acerca de tus virtudes quisiera todavía en lo sucesivo decir algo más abundantemente y tratar con mayor extensión, tal como el orden mismo del discurso parecería exigir y demandar. Lo cual de propósito lo evité, sobre todo escribiéndote a ti mismo. De lo cual me pareció más oportuno callar del todo que decir poco.

(14) Sin embargo, ¿qué diré de tu singular y sobresaliente erudición, que realmente tanta y tal es que parece resultar admirable y a la vez increíble que un rey ocupadísimo y poderosísimo, educado continua y perpetuamente desde la infancia en el tema militar, haya adquirido conocimiento tanto de las letras como de la elocuencia y de la historia?

(15) Tú, en verdad, a un excelente conocimiento de las letras latinas añadiste un gran saber de la historia y del arte de la oratoria. Y entre todos nuestros otros historiadores, de tal modo hiciste familiar y doméstico tuyo con diligente y cuidadosa lectura a T. Livio —a quien no sin mérito solemos llamar el padre de la historia— que ni siquiera en las expediciones militares soportaste que se apartara como la uña (de la carne), según se dice, lejos de ti, de tal modo que, dentro de las acometidas de diversas batallas, gozaras en algunos momentos con la agradable lectura del mismo.

(16) En lo cual, ciertamente, y en todas las demás cosas dignas de rememoración, no dudaste imitar los insignes vestigios de tus mayores, de quienes supiste que de tal modo habían admirado la fama universal de sus escritos [= de T. Livio] que entendiste que, viviendo y permaneciendo él por entonces en Roma separado de ellos por largos espacios de mar y de tierras hubieran deseado ardientemente verlo a él mismo delante. Pues así habías leído en Jerónimo, quien sobre esto mismo en cierto lugar escribió:

(17) “Leemos que ciertos nobles han venido a T. Livio —quien mana en la fuente láctea de la elocuencia— desde los confines de España y las Galias. Y a quienes Roma no había atraído a la contemplación de sí la fama de un único hombre los impulsó. Tuvo aquella edad un milagro inaudito y que había de ser celebrado por todos los siglos: que quienes entraran en tan gran urbe buscaran también otra cosa además de la ciudad”.

(18) Si, pues, a los estudios de retórica e historia unieras también los de Filosofía Moral —lo que te ruego e insto del modo más vehemente a que lo hagas— en ese caso, no mostrarás ya sólo haber superado ampliamente a los demás príncipes de nuestro tiempo, sino también haber igualado a los reyes antiguos más célebres. Pues de esta suerte, al generosísi-

mo y antiquísimo origen y al máximo poder y a las múltiples virtudes urbanas y domésticas y a la gloria increíble de las hazañas realizadas añadirán la egregia erudición y doctrina de múltiples disciplinas liberales.

(19) Lo cual, juntamente con el cúmulo así de todos los bienes, a ningún rey vemos que le haya acontecido hasta ahora, ni de los antiguos ni de los nuestros. Por ello, armados con la libertad para hablar (*dicendi*) y con la verdad misma, no dudamos en repetir y afirmar aquellas mismas cosas anteriores que recordamos haber dicho ya antes, cuando ante ti, que a la sazón residías en Nápoles, desempeñáramos la función de orador en nombre del pueblo de Florencia.

(20) Pues alabando entonces agrega y dignamente, cual convenía, tus dotes personales, de este modo hablábamos: “Tú, en verdad, para omitir mencionar tus virtudes, como descendiente de antiguos reyes, gobiernas numerosos y dilatados reinos. Tú, reservados para ti múltiples reinos, puedes aún condecorar y honrar a tus hijos con las insignias reales”.

(21) Si te aconteciera que una larga descendencia naciera del tan grande y tan admirable matrimonio de tu único hijo, y tú a esos nietos los constituyeras también reyes de algunos otros reinos hereditarios, en ese caso no conoceríamos realmente qué ejemplo semejante al tuyo pudiera hallarse entre los antiguos y más distinguidos príncipes. A nadie hemos hallado que tuviera al mismo tiempo como reyes a hermanos, parientes, hijos y nietos, ni aun leyendo y revolviendo en códices hebreos ni griegos ni latinos, retrocediendo hasta la creación del mundo.

(22) Con tan eminentes e inusuales cualidades, puesto que vemos que ya todo eso te ha ocurrido, con el nuevo nacimiento de una feliz y distinguida descendencia, otras dos cosas, admirables y apenas creíbles, te seguirán aconteciendo. La principal es un vasto saber de numerosas disciplinas y una cierta conversión de tu mente contra las gentes feroces y bárbaras, cuando ya vemos que has establecido y contraído la paz y la concordia conjuntamente con todos los príncipes y pueblos cristianos.

(23) Si pues, alabando tu majestad sobremanera, vueltos a Dios ahora al final de nuestro discurso, dirigimos súplicas humildes y devotas, (oraremos) con estas palabras: “Por todas estas cosas, para que estos nuestros tiempos parezcan lucir con aquel privilegio especial de tu majestad del que vemos ciertamente que los tiempos antiguos —tan ensalzados por dignos autores— carecieron, instamos con devotas preces al Dios omnipotente para que se digne otorgarte y concederte nietos de este tan fausto y tan feliz matrimonio”.

(24) Ahora, después que hemos sido oídos, debemos rogar mucho más, y mucho más vehementemente instar, para que se digne conservar tu mente convertida a los sublimes estudios de la Filosofía Moral y a la gloriosa guerra contra las gentes bárbaras y feroces; y, conservada, se digne incrementarla e, incrementada, se digne favorecerla y hacerla próspera,

(25) para que tú en esta vida mortal, con las máximas ayudas de todos los cristianos y con los inmensos honores de nuestra fe, veas cómo has

logrado superar y vencer, con la acumulación increíble de tantos bienes, no sólo a los reyes de nuestro tiempo sino también a aquellos antiguos predecesores tuyos, y después de la muerte obtengas los premios celestes de tus gloriosísimos trabajos y labores.

(26) Lo cual esperamos y creemos te habrá de ocurrir y suceder si, pospuesto todo lo demás, te conviertes por entero y de modo completo, parte a los sublimes estudios de la Filosofía Moral, parte a la gloriosa victoria sobre las gentes bárbaras. Para que hagas lo cual oro e insto con todas las fuerzas del alma y del cuerpo, en cuanto puedo, vuelto con mente pura y devota a Jesucristo nuestro Señor,

(27) para que se digne otorgarte y concederte su gracia para la segura conservación de los pueblos cristianos y para la extensión gloriosa de la fe católica; y a ti con mayor insistencia te ruego que esa gracia, preparada ya por la predisposición de este tu ánimo, la recibas humilde y devotamente y, recibida, anheles venerarla, cultivarla y realizarla, para que consigas los premios ya mencionados de la vida mortal y eterna.

(28) Salud por tiempo largo y feliz. Y te ruego e insto para que alguna vez te dignes tener en la mente y recordar a Iannozzo, siervo fidelísimo de tu majestad.

[I]

COMIENZA FELIZMENTE LA VIDA DE SOCRATES,
POR IANNOZZO MANETTI,
DEDICADA A ALFONSO [V], REY DE ARAGON.

(1) Se dice que el filósofo Sócrates fue ateniense de patria y alopicino (Alopece) por su demo o villa, nacido de Sofrónisco, pedrero, o, para decirlo más abiertamente, marmolista, como padre, y de Fenarete, partera, como madre. Proveniente de tales padres, nació el año cuarto de la Olimpiada septuagésimo séptima de Atenas, durante el culmen supremo de toda prosperidad de aquella urbe, el mismo día en que los atenienses purificaban con sacrificios expiatorios la ciudad.

(2) Como el historiador breve [Aeliano] dice: "A esta urbe no le dieron origen primero ni advenedizos ni aluvión alguno frecuentemente reunido de pueblo sino que los nacidos en aquel mismo suelo que cultivaban fundaron la ciudad. En consecuencia, para ellos la residencia es ella misma su origen. Los primeros en tratar la lana enseñaron también el uso del aceite y del vino. Y enseñaron también a arar y a sembrar cereales a los que pastan bellotas. Las letras griegas, además, y la palabra elegante y todo el orden de la disciplina ciudadana tienen a Atenas como a su templo". Y lo que sigue [en Aeliano].

(3) Nació, por lo demás, en ese tiempo en el que Atenas florecía entre todas las otras ciudades por la gloria de las hazañas realizadas, por la sabiduría y por los estudios de las artes liberales. Y el mismo [Sócrates],

adornado con los singulares dones naturales de un admirable ingenio y descollante memoria, aunque había nacido de familia oscura, saltó a plena luz. Y allí [en Atenas] fue educado en su primera edad. Pero al comenzar la adolescencia se entregó a los estudios de las letras.

(4) Sin embargo, tan pronto como superó aquellos primeros estudios infantiles de las letras, aunque según algunos suministró madera y, a veces, talló, esculpió la piedra, sin embargo, ejercitado excelentemente en la dialéctica en la flor de su adolescencia oyó en física, juntamente con Eurípides, a Anaxágoras Clazomenio, máximo filósofo de aquel tiempo. Y mientras fue adolescente permaneció perseverante en aquella disciplina del aprendizaje—ya que ardía en cierto maravilloso deseo de aprender— hasta que [Anaxágoras] fue condenado o al destierro o a la muerte por varias acusaciones calumniosas.

(5) En efecto, imaginaba [Anaxágoras], entre otras cosas, que el sol, al que los atenienses veneraban dándole culto como a un dios, definía que no era sino una piedra incandescente. Lo cual se dice que posteriormente fue objetado también a Sócrates cuando por sus acusadores fue llamado a juicio capital. Se le objetó, efectivamente, entre otras muchas cosas, que dijera que el sol es una piedra y que la luna es tierra.

(6) Condenado, pues, Anaxágoras, se dice que Sócrates se dirigió al físico Arquelao haciéndose su discípulo, para indagar, ayudado por él, las verdaderas causas de las cosas naturales. Cicerón dice, en efecto, en cierto lugar [*Tusc*]: “Sócrates había oído a Arquelao, discípulo de Anaxágoras”.

(7) Pero en realidad de verdad, como lo oyera por largo tiempo de viva voz —como dicen— y, por tanto, llegara con él o bien a Samos o bien a Pitón o bien a Istmo (¡cuán variadas son las opiniones de los filósofos sobre este perfeccionamiento suyo con Arquelao!), después de que con asidua y cuidadosa atención hubiera leído los libros del difunto Anaxágoras y, deseoso de aprender, diera con ciertos opúsculos de Heráclito, como percibiera en ellos que todas las cosas singulares se hacen y perecen, cansado finalmente por la prolongada investigación de las cosas grandes y altísimas, se dedicó a la ética (*ethicae operam navavit*).

(8) O bien que [= porque] opinara que nada cierto o verdadero puede saberse —cual es cierta vieja opinión de los Académicos que de él mana y fluye como de cabeza y de fuente— o más bien porque juzgara o creyera (como Diógenes Laercio en su libro *De vita et moribus philosophorum* parece haber llana y abiertamente opinado) que ningún fruto se deriva de la historia natural para bien y felizmente vivir; o que, purificada la mente de toda mancha de vicios por estos mismos estudios de la verdadera filosofía, llegase más fácilmente al movimiento de las cosas supremas y divinas (según ha testificado S. Agustín en el libro octavo *De civitate Dei*).

(9) Por lo cual, pospuesto todo ello como cosas oscuras, frívolas y vacías, y considerándolas como nada porque de ellas ninguna utilidad habría de seguirse para la vida humana, después de que en varias ocasiones tomó parte en la milicia, se dedicó, según dijimos a los estudios

morales. Pues efectivamente, siguió al ejército hasta Anfípolis, Y, entablada batalla en torno a Delos, recogió a Jenofonte, caído del caballo, y lo protegió cuando, mientras huían los demás atenienses, se retiraba separado ya de la batalla y con frecuencia miraba a escondidas para atrás con intención de vengarse, si alguien intentaba atacarlo por la espalda.

(10) Por mar luchó también hasta Potidea. Pues hirviendo la batalla y teniéndola enfrente, no le era posible aproximarse al lugar a pie. Y como permaneciera allí toda la noche en una misma postura y luchase fortísimamente en aquella expedición y, finalmente, venciese, se dice que espontáneamente dedicó la batalla a Alcibíades a quien mucho amaba. Y una vez realizados con gran gloria de sus nombres tan excelentes hechos de armas, dirigió su ánimo, como ya dijimos, a los estudios morales.

(11) A los cuales se entregó de tal manera que no mucho después fue considerado como el primer inventor y príncipe supremo de esa filosofía. El primero, efectivamente, por su excelencia propia, aunque ya antes Pitágoras había dejado algunas cosas sobre costumbres y virtudes, sin embargo, se dice que había extraído del cielo la filosofía y que la había puesto en las ciudades. Cicerón, en efecto, hablando de ello, pone en cierto lugar [*De fin.*] estas palabras:

(12) “Pero la filosofía antigua hasta Sócrates —quien había oído a Arquelaos, discípulo de Anaxágoras— trataba de los números y movimientos y de dónde proviene todo y a dónde vuelve. Y con gran ahínco se buscaban a partir de ellos las magnitudes de los astros, sus intervalos y órbitas y todo lo relativo a los cielos. Sócrates, sin embargo, extrajo, el primero, del cielo la filosofía y la colocó en las ciudades y la introdujo también en las casas y forzó a indagar acerca de la vida y las costumbres y las cosas buenas y malas. Su variada diversidad de discursos y la variedad misma de las cosas, así como la grandeza de su ingenio, consagrada por la memoria y por escrito, han creado diversos géneros de elocuentes filósofos”.

(13) Y en ese mismo libro utilizó estas palabras: “No sólo a mí, ciertamente, sino —lo que suelo admirar con frecuencia— también a nuestros mayores, entiendo que les pareció esto así: durante muchos siglos antes de Sócrates, de quien manó toda esta filosofía que trata de la vida y de las costumbres”. Y en otro lugar, en los libros *De officiis*, al hablar de lo honesto y de lo útil, dice así: “Por tanto hemos aceptado que Sócrates solía maldecir a aquellos que en su opinión contraponían estas dos cosas equivalentes por naturaleza. Con quien en verdad los estoicos convinieron de tal modo que cuanto fuera honesto lo juzgaron también útil. Y nada habría útil que no fuera también honesto”.

(14) Y en el libro segundo *De finibus* pone estas palabras: “¿Cuándo, pues, Sócrates, a quien con razón cabe llamar padre de la filosofía, hizo algo así?”. Y gozó de tal ingenio y aplicación que, aunque por dos veces luchó en lugares remotos, como ya mostramos, y tuvo también dos mujeres, y recibió de ellas muchos hijos y, finalmente, llevó la responsabilidad

de algunos cargos públicos en Atenas, no ignoró, pese a ello, la poesía, por comenzar por lo más leve.

(15) También fue agudo y dispuesto, pronto para hablar. Y solía repetir que todos, en aquello que saben, son suficientemente elocuentes. Además, el arte del discurso que los griegos llaman *dialéctica* lo entendió de tal modo que no dudó en enseñarlo en público y en dar las reglas del mismo. Lo cual, para que a nadie le parezca extraño, oiga a Apuleyo quien, hablando en *De Platone et eius dogmate*, dice más o menos así: “Platón recibió la filosofía natural de los pitagóricos, pero la dialéctica, esto es, la filosofía racional y la moral, de la fuente misma de Sócrates”.

(16) Y para que no fuera considerado carente en absoluto de música, determinó tocar la lira. Y como no se avergonzara de dedicarse a ello también en su edad avanzada, resulta incierto saber si lo hizo con intención de descansar o con propósito de aprender, como vemos escrito en ciertos autores. Algunos dicen, en efecto, que tocó la lira porque no estimó vergonzoso aprender lo que alguien ignora. De cuya opinión parece ser también nuestro Cicerón.

(17) quien en el libro *De senectute* pone estas palabras: “Por haber hecho lo cual oiría a Sócrates tocando la lira; quisiera también aquello (pues los antiguos aprenden con la lira)...” y lo que allí sigue. Y en otro lugar dice: “los griegos pensaban que el saber supremo se halla situado en los cantos de nervaturas (cuerdas) y voces. En efecto, también Epaminondas —a mi juicio, principal en toda Grecia— se dice que tocó la lira muy distinguidamente; y también Temístocles, algunos años antes, como rehusase una lira en un banquete, fue tenido por más indocto”.

(18) Algunos sostienen, no obstante, que habría aprendido el arte aquel de recitar precisamente porque a menudo se fatigaría con las sostenidas meditaciones de las cosas sublimes, y con ello de algún modo se relajaría. Quienes así piensan se conducen sobre todo por este argumento: que, colocada una caña sobre las rodillas, se regocijaba entre tanto con los niños intentando relajar, distender el ánimo. Y se dice que cuando Alcibíades, amigo y familiar suyo, lo miraba, se echaba a reír.

(19) Por lo demás, no fue desconocedor de la física, si bien negaba que él y los demás hombres y cualesquiera otros filósofos pudieran saber algo. Pues ya casi en su más anciana edad, esto, y sólo esto, profesaba saber: que no sabía. Y afirmaba que él se distinguía de todos los demás sabios por solo esto: que los demás aseguraban saber lo que ignoraban, pero que él tal como no sabía, así mismo afirmaba que no sabía.

(20) Finalmente, sólo él trajo a la luz la ética, ciencia abstrusa antes ignorada, desde las tinieblas de la ignorancia, donde había yacido sumergida por sucesivos siglos desde la fundación del mundo. Pues, si bien Pitágoras había proporcionado anteriormente algunas doctrinas sobre las virtudes y las costumbres —como ya dijimos— sin embargo, eran tan oscuras y falsas, por referirlo todo al número, que con sus aportaciones o poco o nada parecía aprovecharse, tanto para el verdadero conocimiento de las virtudes como para el bien y feliz vivir.

(21) Sócrates, siguiendo después a éste [?], disputó sobre las virtudes mismas más llana y verdaderamente. En lo cual, aunque sea replicado y ridiculizado por Aristóteles, maestro y príncipe de los filósofos —pues a Platón lo exceptuó siempre— y, si hemos de creer a Cicerón, lo despreciara por haber definido que las virtudes son ciencias, no obstante, ennoblecido por Platón, su discípulo —cuyo juicio, aunque yo no lo contraponga al aristotélico, opino, sin embargo, que no ha de ser estimado inferior a la valoración de él—,

(22) es alabado sin excepción por todos los demás egregios sabios, de tal modo que él solo y el primero parece, como dicen, que extrajo del cielo la filosofía y la colocó en las ciudades. Pero para que Aristóteles quede aquí definitivamente refutado por la corrección de Sócrates, sólo por este conocimiento de las cosas morales, según creo, fundado en una suma probidad de vida, todos encomendaron a la posteridad a Sócrates estimado como el más sabio de todos, no sólo por el consenso unánime de todos los hombres sino también en virtud del oráculo divino de Apolo.

(23) Como antes los filósofos —cuyo nombre Pitágoras encontró el primero— no fueron llamados sabios y aunque Apolo había expresado la verdad y, en consecuencia, lo declarase a él mismo, según se cree, pública y abiertamente [sabió], contra la inveterada costumbre en cuanto al responder, de ahí que, suscitada la envidia popular, se maquinara la muerte contra un varón, el más justo e íntegro de todos, y así, muriendo, evitara las múltiples molestias de la vida humana.

(24) Por lo tanto, me inclino a creer esto. Porque él mismo estaba dudoso y a oscuras y solía siempre responder por ciertos rodeos y enigmas. Como, pues, por el mencionado oráculo de Apolo fuera declarado, como ya dijimos, el más sabio de todos, apenas si podía admirarse bastante, puesto que ni él se consideraba a sí mismo sabio ni juzgaba que el oráculo mintiera o dijera algo falso.

(25) Conducido, pues, por esta admiración, como estimase que la respuesta de Apolo fuera ambigua y dada en enigma, según la inveterada costumbre del responder, determinó experimentar si cada uno de los tipos o clases de todos aquellos hombres que por consentimiento unánime eran considerados como los más sabios eran realmente más sabios que él mismo. En consecuencia, habiendo recorrido los gobernadores de las repúblicas, los artesanos y poetas y, finalmente, los filósofos, para probarlo y experimentarlo, llana y abiertamente sintió y vio que ninguno de ellos era sabio.

(26) Pero advirtió que él mismo difería de todos los mencionados únicamente en que ellos lo que desconocían decían saberlo. Pero él tal y como lo ignoraba así mismo decía ignorarlo. Y, de este modo, interpretaba la ambigua y oscura declaración del oráculo, como si se hubiera expresado así: “De vosotros, hombres, sería el más sabio aquel que como Sócrates entendiera que él nada sabe”. Además, aunque Aristóteles haya tratado digna y excelentemente de las definiciones y mutuas distinciones entre las virtudes del alma, sin embargo, nada parecía aducir cuidadosa-

mente a los lectores para que las virtudes fueran más ardientemente apetecidas y los vicios fueran con mayor empeño evitados.

(27) Lo cual se encomia que lo hicieran Sócrates y Platón principalmente entre los griegos, Cicerón y Séneca sobre todos entre nosotros, de modo que con sus persuasiones los hombres adormecidos y los que obran de forma contraria fueran vehementemente excitados hacia un increíble amor de las virtudes y, simultáneamente, a la detestación de los vicios, como vemos ha dejado escrito del *Hortensius* de Cicerón S. Agustín. Como viniera casualmente a dar con ese libro, dice que le inyectó al leerlo tan gran amor por la filosofía, cuya exhortación contenía que —cosa admirable— de repente mudó su mente, y todas sus aspiraciones y deseos los hizo muy otros.

(28) Tan gran fama y favorable opinión de este singularísimo varón y óptimo filósofo había ya crecido especialmente por toda Grecia, que en igual medida muchos ilustres y esclarecidos príncipes intentaron atraerlo o aproximárselo, mediante cartas y emisarios, por entrega de presentes. Pues leemos que Arquelao de Macedonia y Escopas Cranonio y Euríloco de Larisa lo llamaron y enviaron ingentes sumas de dinero para dárselas como obsequio, a fin de que más gustosamente accediera. Pero Sócrates despreciando con magnanidad los dones de los mencionados reyes, ni aceptó los presentes que le enviaron ni deseó encaminarse hacia ellos.

(29) Y tan grande era su autoridad en Atenas que algunas veces se atrevió a obrar contra los usos de los ciudadanos. Parecía que esto le era permitido por la gran autoridad de aquel hombre. Cicerón, en efecto, en su libro *De officiis*, dice así: “ni conviene a alguien caer en el error de que si Sócrates o Aristipo hicieron o dijeron algo contra la costumbre ciudadana o los usos habituales, juzgara que eso mismo le sería lícito también a él. Pues ellos, por grandes y diversos bienes, conseguían tal licencia”.

(30) ¿Qué más diré de sus estudios? Tan gran fama, en fin, circulaba de un lado para otro sobre su ciencia y virtud que, como enseñara en Atenas las disciplinas de las artes liberales, confluían a él discípulos de todas partes para oírlo. Por lo cual, tanta y tan gran multitud de alumnos concurría a diario que su escuela era frecuentada por los principales y sobresalientes alumnos que llegaban a porfía con propósito de aprender. Y esto no lo hacía movido por beneficio material alguno sino gratuitamente.

(31) Testigo de ello era la gran pobreza de este hombre por la que era gravemente acosado. Los que se consideraban ricos y opulentos acostumbraban donar algunos presentes a su preceptor y maestro. Por ello, Esquines, uno de sus discípulos, como fuera tan pobre que por sus estrecheces no podía dar ni obsequios ni dinero, dijo: “Nada hallo digno de ti que pueda darte, sólo en lo cual reconozco que soy pobre y necesitado. Por tanto, te doy a mí mismo, más querido que lo cual nada tengo”. Al cual Sócrates se dice que brevísima y a la vez liberalísimamente respondió: “Gran presente me has dado. Intentaré, pues, devolvarte a ti mismo mejor que te recibí”.

(32) Pero como advirtiera a Alcibíades de que en nada era un hombre, ni había nada en común entre Alcibíades —nacido entre la élite y sobresaliente entre todos los demás por su belleza de cuerpo— y un ganapán cualquiera, de tal modo se afligió el adolescente que no cesaba en sus lágrimas. Y por tanto, se hizo suplicante de Sócrates a quien rogó una y otra vez que le otorgara la virtud y le alejara la baja. Y de esta manera Alcibíades accedió a la enseñanza socrática.

(33) Entre sus muchos discípulos de clase noble, quienes tras la muerte del maestro fueron llamados socráticos, se nos transmite que Jenofonte y Platón descollaron sobre todos los demás. Pero el más excelente de todos los discípulos platónicos fue Aristóteles. De donde se sigue que como el uno, de la Academia, y el otro, de la tendencia peripatética, fueran respectivamente autores y principales que provenían de Sócrates, no cabe dudar de que todo cuanto de las artes liberales se siguió de estas dos excelentes y principales escuelas de filósofos deberemos referirlo como recibido de él mismo en cuanto cabeza y fuente.

(34) Lo cual Cicerón parece haberlo expresado pública y abiertamente con estas palabras: “Así pues, de aquella verdadera y elegante filosofía que, conducida por Sócrates, permaneció todavía ente los peripatéticos y asimismo también entre los estoicos, aun hablando de otro modo, mientras los académicos se desgarraban en sus controversias, casi ningún testimonio latino conservamos de ella o muy pocos”. Y en otro lugar: “Te apremiarían, dice, las escuelas (*greges*) de los filósofos, ya desde aquella fuente y cabeza que es Sócrates, y tratarían de convencerte de que tú nada en absoluto has aprendido ni indagado ni sabido acerca de las cosas buenas de la vida ni de las malas ni de los movimientos del alma ni de las costumbres de los hombres”.

(35) Y en otro lugar, hablando de él mismo [=Sócrates], escribió estas palabras: “... cuyo ingenio y variados discursos Platón entregó a la inmortalidad en sus propios escritos, puesto que Sócrates mismo ninguna obra dejó escrita. De ahí surgió la diferenciación aquella absurda, además de inútil y reprehensible, cual de lengua y de corazón, de que unos nos enseñaron a saber y otros a decir. Pues como fueron muchos los que surgieron casi desde Sócrates, de modo que de sus doctrinas —discutidas, varias y diversas y por todas partes difundidas— cada cual tomó algo diverso, se diseminaron como familias desavenidas entre sí y muy distanciadas y dispares, siendo así que todos juzgan, no obstante que desean llamarse y ser en verdad filósofos.

(36) [Sigue Cicerón] Y, en primer lugar, ya del mismo Platón surgieron Aristóteles y Jenócrates, de quienes reciben su nombre, el de peripatéticos, del uno, y el de la Academia, del otro. Luego, de Antístenes —quien apreció sobre todo la paciencia y el rigor en el discurso socrático— surgieron primero los cínicos, después los estoicos. También entonces, de Aristipo —a quien complacían más bien las discusiones sobre el placer—manó la discusión cirenaica que él mismo y sus seguidores con simplicidad defendieron. Aquellos que ahora todo lo miden con el plácer,

mientras vergonzosamente lo hacen ni satisfacen la dignidad —que no menosprecian— ni mantienen el placer que desean abrazar.

(37) [Sigue Cicerón] Hubo también otros géneros de filósofos que a sí mismos se decían casi todos socráticos: eretrios, erilios, megáricos, pirrónicos...”. Por lo cual, no sin razón debemos decir y proclamar a Sócrates como el príncipe mismo de toda la filosofía y de la elocuencia. Habiendo añadido nuestro Cicerón poco después:

(38) “Así como del Apenino parte una diversidad de ríos, así también de la conjunción común de los sabios surgieron estos divorcios de las doctrinas, de tal forma que los filósofos desembocaron, como en alto mar jónico, grato y seguro. Los oradores, en cambio, se precipitaron en este mar inferior Tusco y bárbaro, lleno de escollos y odioso”. Y para que esto que decimos aparezca más claramente, Cicerón también en cierto lugar, hablando de Sócrates, lo dice así. De este modo razonaba, pues, aquel príncipe de la filosofía.

(39) Por lo demás, que nadie sospeche quizá que él [=Sócrates] hubiera tenido conocimiento de tantas y tan grandes cosas careciendo del agudo ingenio y de la singular memoria de los que sobre todo estaba dotado, además de disponer en el narrar y el enseñar de una cierta y casi increíble solícitud y cuidado. En efecto, según se deduce llana y abiertamente de los libros de Platón y de la opinión de Aristóteles, ardía en una admirable pasión de aprender.

(40) Pues Platón en sus libros —en los que se muestra, en casi todos, a Sócrates hablando— lo presenta, las más de las veces, interrogando a Gorgias Leontino y a Pródico de Chios y a Hipias de Elis y a otros célebres sofistas de su tiempo, quienes, como era costumbre entonces en toda Grecia, proclamaban estar preparados para hablar sobre cualquier cosa de la que deseara oírles quienquiera. Y Aristóteles escribe en cierto lugar que Sócrates preguntaba siempre pero nunca respondía, porque confesaba que él no sabía.

(41) Cicerón testifica también claramente esto mismo con estas palabras: “Este es, pues, como sabes, el viejo y socrático método de razonar contra la opinión de otro. Pues Sócrates juzgaba que así tan facilísimamente podía ser hallado lo más verosímil”. Pero aunque proclamaba que él nada sabía, a menudo discutía de tal forma que todas las cosas por él disputadas les parecieron, a los filósofos y a los sabios, admirables y superiores a la opinión común de los hombres. Por lo cual las llamaban en griego *Paradoxa*, y pensaban que habían sido divinamente expresadas.

(42) Tanto y tan extremo cuidado ponía en el cúmulo de pensamientos agitados sobre las grandes cosas, que frecuentemente se le hallaba permaneciendo en pie e inmóvil desde la primera salida de la luz hasta otro oriente del sol, en un perseverante estar firme y dirigidos los mismos pasos y ojos, como atónito en cierto estupor de la mente, según testifica Aulo Gelio en su libro *Noctes Atticae*.

(43) Si se considera, brevemente al menos, en primer lugar, cuánto y cuán gran ingenio poseyó, y, en segundo término, con cuánta diligencia

oyó a muchos excelentes filósofos, a qué multitud de hombres doctos, en fin, interrogó para aprender y lo que por sí mismo continuamente pensó, cesaría toda aquella admiración acerca de sus virtudes. Y aunque tantísimas cosas conoció, sin embargo, siempre manifestaba que él nada sabía. O más bien, como irónico en sumo grado, para decirlo más claro, predicaba que todo lo ignoraba a no ser esto solo: que él nada sabía.

(44) Esta única y sola cosa por él sabida Arcesilao tan molestamente la llevará más tarde que se atrevió a reprenderlo como profesor audaz en exceso. Pero Sócrates en esta tan humilde profesión de no saber nada seguía la inclinación de su naturaleza. Pues actuando en todas sus cosas impulsado por su naturaleza, usaba al máximo la ironía. En lo cual obraba muy al contrario que gran número de sofistas de su tiempo.

(45) Ellos, en efecto, como nada o poco sabían, tan audaces y descarados eran, sin embargo, que manifestaban que de cualquier cosa hablarían en las asambleas de los hombres. Éste [Sócrates], por el contrario, sabiendo muchas cosas, manifestaba que él nada sabía, porque, a la manera de los irónicos, como dice, en efecto, Aristóteles, “niegan lo que da más gloria, como hacía Sócrates, quien, aunque supiera mucho, repetía a menudo que él, no obstante, todo lo ignoraba”.

(46) Habiendo seguido, pues, durante toda su vida esta opinión de la ironía, nunca pudo ser convencido de que escribiera algo, a no ser la víspera misma de su muerte. Escribió entonces una fábula esópica y alabanzas en versos apolíneos, como diremos más extensamente algo más tarde, cuando hablemos de su muerte. En consecuencia, ningún testimonio de su doctrina nos queda a nosotros, a no ser que alguien pretenda llamar testimonios (directos) a los libros de Platón como libros de Sócrates, su maestro.

(47) Como en casi todos ellos se presenta a Sócrates hablando, puede decirse que fueron simultánea y elegantemente sentencias de Sócrates aquellas que se expresan en los diálogos de Platón con esas palabras. Y, viceversa, diremos que existieron todas aquellas opiniones de Platón que son pronunciadas por boca de Sócrates. En esta ironía —o disimulación, como traducen los latinos—, se dice que él superó largamente en belleza y humanidad a todos los demás.

(48)“...Surgieron algunos, quienes por abundar en ingenio y doctrina, combatían y despreciaban este ejercicio sofisticado del decir, como afirma Cicerón. El principal entre todos fue Sócrates. Éste, quien por testimonio de todos los sabios y a juicio de toda Grecia, con penetración y prudencia, belleza y sutileza, además de variedad y abundancia en cualquier asunto al que se dedicase, fue con facilidad el príncipe entre todos”. Los libros que no escribió certifican que este sapientísimo varón no se expresó tan bien como sus discípulos —que ya dijimos de él arrancaron— testimonian que enseñó honradamente.

(49) Por su agudeza de ingenio y su diligencia increíble para investigar, no le fue necesario —como a los demás filósofos— emprender largos viajes para adquirir una sabiduría tan grande y singular como la suya, a

no ser que prestó servicios militares y en cuanto que se aproximó al físico Arquelao, su maestro, como dijimos antes. Por el contrario, permaneciendo siempre en un mismo lugar, discutía vehementemente con sus parientes y con los estudiosos. Y con la suprema penetración de su ingenio se esforzaba no tanto en refutarlos en sus pareceres cuanto en hallar él mismo qué fuera realmente lo verdadero.

(50) Por este procedimiento alcanzó, así pues, un conocimiento tan grande de las cosas humanas y divinas que mereció ser considerado y llamado “como un cierto oráculo terrenal de la sabiduría humana”. ¿Para qué decir más? En todas sus discusiones, en fin, trató aquellas cosas que los mismos filósofos — y en menor medida los hombres del común, según dijimos antes— creen que fueron maravillosamente dichas. Baste, pues, haber dicho hasta aquí, de entre otras muchas posibles, estas pocas cosas acerca de sus estudios.

[II]

(1) De ahora en lo sucesivo, hablaremos, sin embargo, brevemente de la forma de su cuerpo y de sus costumbres domésticas. Se dice que [Sócrates] era de cuerpo pequeño y que tenía nariz achatada y frente calva. Y, para reunir en una sola palabra todas las deformidades e inconvenientes de su cuerpo, diré que era deforme y feo, según Jerónimo parece haber expresado y abiertamente opinado en el libro primero *Contra Iovinianum*. Y aunque fue, como ya dijimos, grandísimo filósofo, llevaba, no obstante, una vida ciudadana en Atenas, de acuerdo con las costumbres de los demás conciudadanos, ya que hacía su vida con los atenienses, y estuvo también casado, y llevaba el magisterio de la ciudad, y, finalmente, nada omitía que juzgase pertenecer con toda propiedad a los usos ciudadanos.

(2) Se dice, en efecto, que tuvo no una sino dos esposas. Pues se nos transmite —por unos afirmado que al mismo tiempo y por otros que sucesivamente— que tuvo a Jantipa, aquella mujer impertinente y quereillosa, y a Mirtone, la hija de Aristides, aquel varón tan honrado. Quienes dicen que tuvo a las dos mujeres en diversos momentos escriben que desposó primero a Jantipa, después a Mirtone. El autor de tal opinión es Aristóteles. Quienes opinan, por el contrario, que tuvo ambas a un mismo tiempo indican la causa por la cual las tuvo, del siguiente modo:

(3) Los atenienses, viendo la ciudad vacía y casa exhausta de ciudadanos a causa de prolongadas guerras y frecuentes pestes, intentaban cuanto podían restaurarla (*reparare*) y aumentar la descendencia. En orden a lo cual, dicen, decretaron que fuera lícito a los habitantes de Atenas tomar al mismo tiempo a dos mujeres y desposarlas. Y refieren que Sócrates obedeció a este decreto de los atenienses y que tuvo las mujeres ya indicadas.

(4) Pero, o bien que las tuviera en diversos tiempos, según dicen, o bien al mismo tiempo, consta en todo caso, por testimonio unánime, que tuvo hijos de ambas. Pues con Jantipa tuvo un hijo varón, Lamprocles de nombre. Y Mirtone, a la que desposara sin dote, le engendró a dos hijos, Sofronisco y Menexeno. Ejerció, por lo demás, diversos cargos en la vida política. Y, por añadidura, estaba dotado de una extraordinaria paciencia en privado y en público.

(5) Pues le era preciso ejercitar una singular tolerancia en relación con sus mujeres —muy especialmente con Jantipa, aquella mujer impertinente y querelosa y desbordante en pleitos domésticos día y noche y desordenada por lo tanto, de toda la casa— y con sus hijos, más parecidos también a la mujer que a él mismo. De esta singular paciencia suya quedan muchos ejemplos tanto domésticos como públicos. Pero baste con recordar, entre otros muchos, sólo unos pocos por mor de la brevedad. Pues estas dos litigantes mujeres contendían entre sí en una extraña disputa sobre su marido, pese a ser deforme, según dijimos, como si pudiera ser dividido.

(6) Por lo cual, como cierto día litigaran entre sí y fueran ridiculizadas en ello por Sócrates, cesando en sus invectivas mutuas irrumpieron impetuosamente contra él que se vió obligado a ponerse a salvo huyendo. Jantipa, además no cesaba de increparlo con gran aspereza. Y por eso sucedió cierto día que estremecida y furibunda por la rabia de una increíble iracundia, tras proferir contra él muchas injurias, arrojando sobre él de propósito agua sucia desde una ventana, lo remojó por completo.

(7) Y todo esto y cosas parecidas, tantas afrentas y maldiciones como injurias y hechos indecorosos, de tal modo los soportaba con igualdad de ánimo, que con juegos de palabras y agudezas no sin especial admiración de todos, mostraba su paciencia bien fundada. Y respondía que ni el baño de agua sucia ni la asquerosa aspersion le extrañaba lo más mínimo, pues sabía que tras los truenos suele llover. O se expresaba, aún mejor así: “¿No decía yo que a una Jantipa de truenos le habría de suceder alguna vez otra lluviosa?”

(8) Además, como le hubiese quitado en cierta ocasión su capa en la calle y fuera éste [Sócrates] advertido por sus familiares de que aquella injuria, públicamente perpetrada, fuera también públicamente vengada, dijo: “Cosa admirable sería si, mientras nosotros nos peleáramos y discutiéramos uno con otro, se exclamase por doquier: ¡Ala Sócrates, ala Jantipa!” A Alcibiades —quien decía que no debiera tolerarse a Jantipa, tan impertinente y hasta tal punto perversa, estas y otras muchas clases de injurias— respondía que ya hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a esas vejaciones domésticas y petulancias de su propia mujer, y que con eso aprendía en casa cómo comportarse fuera de ella.

(9) Aulo Gelio en su libro *Noctes Atticae* escribe estas palabras: “Jantipa, mujer del filósofo Sócrates, se dice que día y noche fué impertinente en extremo y querelosa, y que estaba llena de las iras y cosas molestas de las mujeres. Alcibiades, airado, preguntó a Sócrates cuál era el motivo de

estas intemperancias de ella para con el marido; por qué a una mujer tan agria no la echaba de casa. "Porque, dijo Sócrates, si la soporto así en casa, me habitúo y me ejercito para sobrellevar más fácilmente también fuera la petulancia y la injuria de las demás".

(10) Y con gran urbanidad proseguía diciendo: "¿Acaso tú no toleras a los gansos resonando con estruendo?". A su respuesta: "Pero me ponen huevos y pollos", replicaba Sócrates: "Jantipa me cría hijos". Además de tal modo apaciguaba y domaba con razones a Lamprocles, su hijo, enfurecido y brusco en demasía para con su madre, que al fin quedaba reducido a reverencia materna, tal como parecía de todo punto convenir. Y esto por lo que respecta a la vida doméstica [de Sócrates].

(11) En cuanto a la pública, hay muchas cosas suyas como éstas [que siguen]. Pues mientras hablaba, solía muy frecuentemente mover los dedos y arrancar la cabellera. A esto los griegos lo llamaban "chironomía", surgida ya casi en los mismos tiempos heroicos como una cierta norma habitual del gesto. Por lo cual, como fuera ridiculizado por algunos, lo soportaba ecuánimemente; y toleraba con paciencia no sólo palabras insultantes sino también las injurias contra él.

(12) En consecuencia, como alguien le diera una patada y todos admirasen su paciencia, dijo: "¿Qué, pues? Si un asno me diera coces, ¿acaso lo citaré a juicio?". Golpeado en cierta ocasión con un sopapo, se cuenta que no dijo otra cosa sino que por lo que realmente se hallaba molesto era de que los hombres nunca supieran cuándo habrían de ir con yelmo o sin él. También fué golpeado a manos de un cierto hombre insolente, de tal modo que le dió muy ofensivamente en la cara.

(13) Sócrates, sin embargo, no solamente no contraatacó sino que permitió ser maltratado por la ira e insolencia de aquel, hasta tal punto que su cara quedó hinchada por todas partes. Pero tan pronto como Sócrates percibió que su ira, ampliamente saciada, se había ya por fin desvanecido, ninguna otra cosa hizo sino escribir en su propia frente el nombre de su agresor como suele hacerse en las estatuas: "El, dijo, hizo tal obra". Y no procedió a vengarse ulteriormente. Además, no temía padecer y adquirir graves y capitales enemistades por preservar la justicia y alejar los daños.

(14) Y manifestó esto aún mucho más cuando él solo se atrevió a dictar sentencia contra treinta poderosísimos hombres, suspendidas ya las libertades de la ciudad, y en favor de Leonte de Salamina, a quien ellos pretendían injustamente y a porfía aniquilar. Y no menos mostró grandeza de ánimo con este otro hecho suyo esclarecido y justísimo.

(15) Pues como la ciudad entera de Atenas, inducida por un error muy truculento e inicuo, dictase una triste sentencia capital contra diez pretores quienes en Arginusa habían derrotado a la armada espartana —quizá entonces Sócrates tenía tanto prestigio que se organizaban plebiscitos según él decidiera— estimó que sería a la vez indigno e inicuo el que tan grandes ciudadanos y bienhechores de la patria se dejaran llevar de tan injusta causa como el impulso de la envidia.

(16) Por lo cual, a la audacia temeraria de la multitud enfrentó su propia constancia. Y nunca pudo ser inducido, no por el máximo fragor de la lucha ni por amenazas feroces, a hacerse ejecutor de la demencia colectiva. Por esta recusación de Sócrates, la plebe, desechando la vía legítima de proceder, continuó manchando sus manos en la injusta manzanza, incluso de los pretores inocentes. En todo lo cual no parece que el magnánimo varón [Sócrates] hubiera temido lo más mínimo que su propia muerte se convirtiera en el undécimo terror de una patria atemorizada.

(17) ¿Qué más diré de su eminente justicia, habiendo él opinado que es preferible sufrir la injusticia a cometerla? Por lo cual el vulgo llamaba “veredicto de Sócrates” al dicho de que es peor hacer la injusticia que padecerla. Era frugal y continente. En efecto, con frecuencia al ver una multitud muy variada de cosas a la venta solía decirse alegre a sí mismo: “¡De cuántas cosas yo no necesito!”. Y siempre tenía en sus labios aquellos versos yámbicos en los que la plata, la púrpura y cosas semejantes se muestran necesarias más en la representación de la tragedia que en el uso diario de la vida.

(18) Cicerón dice que si para los deseos pasionales del dinero no se utiliza inmediatamente la razón como una cierta medicina socrática que sane enteramente, testifica que [el mal] permanece en las venas y se adhiere a las entrañas. Además, como dijimos ya antes, despreció y rechazó, de modo admirable, dinero de Arquelaos, de Scopas y de Eríloco. Y como en una cierta ostentación pomposa se exaltase el poder del oro y de la plata, dijo: “¡He ahí cuántas cosas yo no deseo!”. Por lo cual, si, como ya dijimos, despreciaba el oro y la plata y todo dinero, no debemos extrañarnos para nada de su extrema pobreza.

(19) Por el contrario, más de admirar sería que, menospreciando todo dinero, se hubiera hecho rico. Y todo cuanto en dinero y honores hubo alcanzado lo declaró con una sola respuesta. Pues como se le preguntara si consideraba dichoso al ya mencionado Aquelao, hijo de Perdicas —quien era tenido como afortunado en extremo— dijo: “No lo sé; nunca he hablado con él”. Y como se le preguntara de nuevo si no podría saberlo de otra manera, no dudó en responder: “De ningún modo”. Y como se le preguntase una tercera vez sobre si el rey de los persas era feliz, dijo: “¿Puedo acaso saberlo ignorando en qué medida es varón docto y bueno?”.

(20) ¿Para qué decir ya más? Consideraba que la vida feliz se contiene en una precisa virtud. Por lo cual, juzgaba a los buenos felices, y miserables a los malos. Y hasta tal punto, que pública y abiertamente declaraba miserable, en caso de ser injusto, al propio Arquelao, tan grande y prepotente señor. Además, vivió tan parca y temperadamente que, siendo devastada, como suele ocurrir, Atenas por pestes prolongadas, él nunca enfermó. Pues Aulo Gelio en su mencionado libro, *Noctes Atticae*, hablando de Sócrates, escribe estas palabras:

(21) Se ha transmitido por tradición que él [Sócrates] fue de una morigeración tal, que vivió a lo largo de casi toda su vida sin contratiempos ni molestias de salud. Además, en toda la magnitud y extensión de aquella peste que durante la guerra del Peloponeso dejó a la ciudad de Atenas despoblada por causa de una enfermedad mortal, se dice que, movido por estas razones del abstenerse y moderarse, se apartó del vicio de los placeres y que conservó la salud del cuerpo, de tal forma que nunca quedó sometido a la calamidad común de todos.

(22) Se nutría de alimentos sencillos y comunes. Y a quienes comían muy exquisitamente les decía que no necesitaban de viandas y manjares espléndidos; y a quienes bebían con placer, que no se procurasen bebidas preciadas. Y decía que el condimento de la comida es el hambre, y el de la bebida, la sed. Solía también repetir que muchos hombres vivían para comer pero que él comía para poder vivir [corrijo aquí un error obvio del original]; y que le parecían más próximos a la divinidad sobre todo quienes de cosas más sencillas y mínimas necesitasen. Y la comida parca no la ensalzaba sólo con palabras, como hacía Epicuro, sino que realmente eso mismo era también lo que hacía, como dice Cicerón.

(23) A todos estos ejemplos de sus virtudes añadía la singular e inusitada mansedumbre de un hombre realmente apacible. Como testimonio evidente y manifiesto de lo cual, puede aducirse el hecho de que habiéndose airado no sin razón contra su siervo bribón o su criada —pues leemos escrito en autores competentes (*idoneos*) que se dio por satisfecho con el servicio de una sola criada— dijo: “¡Te castigaría si no estuviera airado!”.

(24) De esta honesta y admirable actitud de su ánimo provenía aquella apariencia o aspecto siempre ecuánime con el que Jantipa, su otra mujer, afirmaba que lo veía salir de casa y siempre de igual modo volver. Por lo cual, en nada debe extrañar a quien juzgue que fuera siempre permanentemente igual aquella su mente, de la cual era expresión su cara. Ni su frente era la de M. Crasso, el rico aquel de quien Lucilio dijo que había reído una sola vez en su vida, sino más bien tranquila y serena. En realidad, siempre era el mismo su rostro porque nunca aconteció mutación de su ánimo del que aquel era retrato.

(25) Tuvo siempre cuidado del ejercicio corporal. Y en consecuencia, paseaba a paso acelerado hasta la tarde para que mediante ello se excitara el apetito andando, y de este modo, cenar mejor. De vez en cuando, también saltaba; un tipo de ejercicio que él juzgaba muy conducente para preservar la salud. Y Quintiliano es testigo en su *Institutio oratoria* de cómo esto mismo no era considerado impropio o indigno por los autores romanos. Entre tanto, sin embargo, se mantenía durante todo el día erguido e inmóvil, como testifica, según antes dijimos, Aulo Gelio en sus *Noctes Atticae* con estas palabras:

(26) “Se dice que Sócrates solía estar perseverantemente en pie, de día y de noche, insomne, inmóvil, sobre unas mismas pisadas, desde la primera luz hasta la salida siguiente del sol, y meditativo, dirigidos su boca

y sus ojos hacia un mismo lugar, como habiendo hecho una cierta retirada de mente y de alma a partir del cuerpo. Y cuando por un breve tiempo se volvía de la meditación de las cosas más excelsas, puesta una caña sobre las rodillas, jugaba con los niños para descanso del alma”.

(27) A menudo usaba la tosca capa al modo de los filósofos. Cicerón, en efecto, hablando en cierto lugar de la pobreza, dice: “Aquí se recuerda a Sócrates, aquí a Diógenes, aquí a Ceciliano, por aquello de que con frecuencia se halla sabiduría incluso bajo una sucia capa corta”. Mientras llevaba este modo de vida, algunas veces, no obstante, poniéndose en consonancia con los tiempos y los usos ciudadanos, se vestía una indumentaria más elegante. Además, le aquejaba una pobreza y una carencia de cosas tal, que de no haber sido ayudado por el cuidado de sus discípulos, quienes, advertidos no por un acuerdo de todos sino espontáneamente, contribuían [a sustentarlo], muchas, sin duda, y muy diversas estrecheces de la vida humana habría soportado.

(28) Teniendo, así pues, estas costumbres y una integridad de vida así, reconoció el demon que como custodio y protector le fue dado desde su nacimiento, según la verídica opinión de Platón. Y así pensaba que todo cuanto hubiera de hacerse se hiciera siempre según los avisos suyos [del demon]. Por lo cual, a nadie debe extrañar que este varón óptimo y estimadísimo fuera considerado por testimonio de Apolo, según dijimos, como el más sabio de todos. Y, de nuevo, a nadie extrañará que un hombre así, encumbrado en sabiduría por el parecer del oráculo divino sobre todos los demás, no haya desconocido a su propio custode ya aludido.

(29) Es verdadera, pues, en parte y no lo es del todo la opinión aquella de nuestro Platón según la cual cree que un demon ha sido dado a cada hombre singular desde su nacimiento. Nosotros, por el contrario, sostenemos y decimos que han sido y seguirán siendo dados al género humano dos ángeles, uno bueno y otro malo, como árbitros no sólo de los pensamientos sino también de las acciones: el bueno, en efecto, para exhortar a su correspondiente hombre a amar las virtudes; y el malo, a rechazar los vicios.

(30) Pero como Sócrates fue hombre decollante por su probidad de vida y singularidad de costumbres, percibía únicamente al consejero bueno, aunque algunos inventaron que él [Sócrates] fue ya de suyo más inclinado a los placeres por la viveza de la memoria de su adolescencia. Y se esfuerzan por probar y testificar esto por el juicio, cierto a la verdad según yo no sé quién, de un tal Zopiro, fisonomista.

(31) Este tal, en efecto, sostenía y afirmaba conocer y averiguar, sin sombra de duda, por el hábito o aspecto corporal y las líneas de boca y rostro, las costumbres interiores de los hombres y, para decirlo con brevedad, por la figura de cada cual, su íntima naturaleza. Y como llegara por entonces a Atenas y llevado, finalmente, hasta Sócrates, el más sabio y modesto a la vez de todos, tras muy prolongado mirar a su cuerpo, habiéndole preguntado los discípulos [de Sócrates] allí presentes qué le parecía, respondió que era voluptuoso por su misma naturaleza.

(32) Y por tanto, como fuera vehementemente ridiculizado por parte de quienes no conocían tales vicios en Sócrates, y menospreciaran su parecer con reiteradas carcajadas, se narra que Sócrates dijo, sin embargo, que el juicio del fisionomista sobre sí mismo había sido verdadero. Pues decía que él era por su misma naturaleza más propenso a las libidines, pero que con una modestia singular de alma había reprimido y pisoteado una condición e inclinación tal de su naturaleza.

(33) Lo cual, aunque así fuera, tal como el fisionomista decía, de tal modo templó desde el principio y con modestia aquellos impulsos naturales, que ya nunca más volvieron a aparecer en el futuro. Lo cual parece testificarlo Platón en el *Banquete* en aquel pasaje donde hace confesar a Alcibiades en qué deseaba ser conocido, probado por Sócrates. Pues se ha de juzgar que Platón escribió esto no para inculparlo sino más bien para mostrar la increíble e invicta continencia de Sócrates, que no pudo ser corrompida por el deseo de un hombre tan extraordinariamente agradado.

(34) No se sabe con certeza, sin embargo, si este Zopiro era aquel mismo mago de quien Aristóteles narra que, saliendo de Siria hasta Atenas, reprendió en muchas cosas a Sócrates y le predijo que tendría una muerte violenta. Platón testifica, en efecto, que Sócrates conoció a este [consejero] bueno, bien fuera un ángel o bien un demon o un dios (pues de tan varios modos es llamado por muchos, como nos transmite Agustín), y de acuerdo con cuyos saludables avisos pensaba él [Sócrates] que en todo se habría de obrar.

(35) Hablando de este demon de Sócrates, el noble platónico Apuleyo madaurensis en cierto libro suyo, denominado *Sobre el Dios* [de Sócrates], más bien que *Sobre el demonio* (no sea que, como dice Agustín, quienes leyeren antes su título, aterrados por la novedad de la cosa, no lograran percibir, antes de avanzar a través de aquella discusión que aquel [su autor] era un hombre sano), testifica que, durante toda la vida, esto [el demon] le amonestó clara y abiertamente a abrazar las virtudes y a excluir los vicios.

(36) Y, como dice también él, Sócrates, aquel varón sumamente perfecto, y juzgado, además, sabio por el testimonio de Apolo, conocía y veneraba de modo admirable a este su demon. Por lo cual, aquel su custode y familiar, por el trato y convivencia mutua, razonaba diligentemente sobre todo aquello que hubiera de rechazarse.

(37) Sócrates, sin embargo, por ser sabio, no parecía necesitar de consejo sino más bien de un presentimiento, pues leemos, en efecto, que muchas cosas sobre las cuales los hombres, aunque tuvieran a varones sabios consigo, se apresuraban, a veces, a consultar a los arúspices, augures y oráculos, con el propósito de obtener la verdad, ya que estos dos oficios, el de la adivinación y el de la sabiduría, consideraba que eran distintos y separados uno de otro.

(38) Pues como divergieran entre sí los dos supremos cúlmenes de todo el ejército argivo, Agamenón y Aquiles, se echaba en falta un cierto

varón, esclarecido en elocuencia y saber, que aviniera con sus poderes la soberbia del atrida y la ferocidad del périda. Fue escogido Filides, hombre sobresaliente en saber y máximo orador de su tiempo.

(39) Pero Ulises y Diomedes, como más astutos que todos los demás griegos, salieron con propósito de observar, en la noche ya entrada, para asaltar las defensas de los enemigos. Y aunque el referido Filides y Ulises parecieron ser los más expertos de todos los griegos, sin embargo, cuando se buscaron remedios para la dificultad de conducir la guerra, y experiencia del camino y tranquilidad del mar, consultaron al augur Calcante, quien con su adivinación calmó las tempestades, llevó adelante el ejército y predijo que el cerco [de Troya] habría de prolongarse por diez años.

(40) No de otro modo ocurría en el ejército troyano cuando la adivinación era menester. Pues aquel sapiente senado callaba y no se atrevía a hablar, sino que todos, hecho el silencio, escuchaban los adversos augurios de Elena o los vaticinios no creídos de Casandra. De igual modo procedía Sócrates: pues donde era preciso el consejo, usaba de la propia sabiduría; y donde era menester el presagio, del poder del demon.

(41) ¿Para qué más? Obedecía puntualmente todos los avisos. Pero quizá alguien preguntará: ¿de qué modo captaba Sócrates los signos de su demon al persuadir? La opinión de Platón es que le llegaba una no se sabe qué voz, que por nadie más era oída.

(42) Apuleyo testifica, sin embargo, que utilizaba y percibía los signos de su demon no sólo con los oídos sino también con los ojos: ese signo podría haber sido el espíritu del demon mismo, que sólo Sócrates viera, no de modo diverso de como el homérico Aquiles percibía a su Minerva. Pero, bien que recibiera por el oído los signos de este demon o bien por la vista o bien por cualquier otro camino, cumplía a la perfección sus mandatos.

(43) Este es, finalmente, el demon aquel por el que se persuadió para no acceder al gobierno de la cosa pública. Por ello, sólo se acercó tímidamente, y algunos cargos que tenía los desaprovechó para evitar y escapar a la sentencia a muerte de jueces inicuos, cuando fue acusado de algunos crímenes capitales a causa de la envidia de ciertos prepotentes de la ciudad y, por tanto, fue condenado, finalmente, a muerte. Sobre lo cual diremos sólo unas pocas cosas por razón de la brevedad.

[III]

(1) Sócrates, por su admirable sabiduría y señalada integridad de vida, era considerado con asentimiento general de todos, como el hombre más sabio y el mejor de todos los demás atenienses. Por cuya razón los principales y más poderosos de la ciudad le tenían gran envidia. Y esta su envidia la acreció sobremanera aquel célebre testimonio de Apolo acerca de su sabiduría; por causa de tal oráculo, se decía, como indicábamos

antes, que él era considerado como el más sabio de todos los hombres.

(2) Algunos principales de la ciudad, no pudiendo soportar ya tal envidia después de aquel célebre vaticinio de Apolo, sobornaron a ciertos delatores para que acusaran a nuestro hombre ante los jueces de ciertos delitos capitales. A este odio encubierto de los hombres distinguidos se añadía también que Sócrates mismo solía despreciar y ridiculizar insistentemente a oradores, poetas y artesanos. Por lo cual, se formó una envidia grande y casi popular de todos estos contra él.

(3) Por esta causa, pasando a la acción, tres acusadores, Anito, Licón y Meleto, se conjuraron mutuamente contra él: Anito defendía al grupo de los artesanos, Licón al de los oradores, y Meleto al de los poetas, ya que a todos ellos molestaba Sócrates. Meleto mismo tomó sin embargo, en nombre de todos los demás conjurados, el oficio de la acusación; y, de este modo, desempeñando el papel de acusador, imputó dos crímenes al hombre inocente.

(4) El primero de ellos, que [Sócrates] violaba los derechos públicos de la ciudad; luego, que corrompía a la juventud, ya que no creía que existieran los dioses que la ciudad había aceptado antes por institución de los antepasados; e introducía, además, otras nuevas clases de demonios y supersticiones contra la venerable costumbre de los atenienses. De este modo, Sócrates, acusado de estos dos delitos por los envidiosos, fue encarcelado, sobre todo por aquella envidia que había suscitado por la sentencia de Apolo, habiendo sido antepuesto, en consecuencia, a todos los hombres en sabiduría.

(5) Pero se dice que Lisias, eminente orador de aquel tiempo, le entregó, en todo caso, un discurso escrito del que podría hacer uso en el juicio, si así lo deseaba, bien porque considerase que el inocente tendría excesiva pertinacia y soberbia contra sus jueces, o bien porque lo considerara poco idóneo y bastante inepto para defenderse contra adversarios tan prepotentes, o más bien porque sospechase incluso que ambos inconvenientes le faltaban.

(6) Pero él [Sócrates], aunque consideró elegante y de gran oratoria ese discurso, sin embargo, porque no parecía ser tan fuerte y viril como a un varón filósofo convenía, respondió que no deseaba hacer uso del mismo. Hablando de lo cual el autor de *Memorables*, pone en cierto lugar estas palabras: "Sócrates, columna preclara de la ciencia griega, como en Atenas depusiera en su favor y recitase una defensa compuesta por el propio Lisias, de la cual pudiera hacer uso en el juicio,

(7) dijo: quita de delante esta [oración, defensa] tenue y suplicante, contemporizadora con el azote inminente. Pues yo, si me fuera dado ir a perorar en la más remota soledad de los escitas, yo mismo concedería en tal caso que se me condenase a muerte". Despreció la altanería [contuvo el ánimo] para no carecer de gravedad; y Sócrates prefirió que muriera la misma [oración] que Lisias deseaba hacer sobrevivir. Y luego añade [*Memorables*]: "Tan grande fue éste en sabiduría como Alejandro en las armas".

(8) Y Cicerón, hablando de esto mismo en su libro *De oratore*, dice: Sócrates, “como fuera el más sabio de todos y viviera honestísimamente, de tal modo habló en su favor en su juicio capital, que no parecía ser suplicante o reo sino maestro y señor de los jueces. Más aún, como el elocuentísimo orador Lisias le entregara un discurso escrito que, si lo creía oportuno, pudiera aprenderse para utilizarlo en su favor durante el juicio, lo leyó gustosamente y dijo que estaba escrito de modo apropiado.

(9) Pero como —dijo— si me entregaras calzas sicionias, no las utilizaría aunque fueran convenientes y adecuadas al pie, porque no serían varoniles, de igual modo el parecerle a uno elocuente y de alta oratoria ese discurso es no parecer fuerte y viril él mismo”. En consecuencia, [Sócrates] fue condenado. Y no sólo por aquellas primeras sentencias con las que los jueces únicamente determinaban escuetamente si condenaban o absolvían, sino también por aquellas que debían conducir nuevamente a las leyes.

(10) Pues el reo condenado, si no recibía pena capital, podía obtener así una evaluación de su propia pena según su mismo parecer. El reo, en efecto, una vez entregado a los jueces, era preguntado sobre qué estimación de pena confiaba haber obtenido. Lo cual como le fuese preguntado a Sócrates, respondió que él merecía ser distinguido con los más grandes honores y premios, y que le fuese proporcionado públicamente el sustento diario en el Pritaneo, un honor que era considerado como el máximo entre los griegos. Con cuya respuesta se enfurecieron de tal modo los jueces, que condenaron a muerte a tan inocentísimo hombre.

(11) Pero si él [Sócrates] hubiera sido absuelto (lo cual, por Hércules, aunque ya nada importe, yo lo habría deseado, no obstante, por la magnitud de su gran ingenio), ¿cómo habríamos podido soportar a estos filósofos, quienes a pesar de que Sócrates fue condenado no por razón otra alguna sino por su ineptitud de elocuencia, sin embargo pretenden ser los únicos en detentar los preceptos del arte de la oratoria?

(12) Más aún, para decirlo más abiertamente: como los jueces según la antigua costumbre de interrogar a los reos, le preguntasen también a él qué pena merecía, con desenvuelta firmeza y no como humilde y reo, sino pretendiendo parecer dueño y señor de sus jueces, dijo que ya sólo faltaba para merecer la pena que, como ya dijimos, fuera estimado digno de ser públicamente sustentado en el Pritaneo con el alimento diario, honor que era considerado el máximo entre los griegos.

(13) Los jueces se enfurecieron de tal modo con esta su respuesta tan agría, inoportuna y dura, que condenaron a muerte al hombre a quien antes intentaban castigar sólo con multa pecuniaria, mientras deliberaban entre sí sobre qué pena convendría que recibiera. Así pues, ni procuró la ayuda de abogados defensores en un juicio capital, ni suplicó a sus jueces. Y mostró más bien una expresa contumacia, inducida, como afirma Cicerón, por su magnanimidad, no por soberbia.

(14) Y mientras se desarrollaba el juicio, se dice que Platón, su célebre discípulo, subió a la tribuna para perorar, pero, habiendo comenzado ya

a hablar y exigiendo todos los jueces que bajara del estrado, no pronunció su discurso. Pues había comenzado así: "Siendo yo más joven, atenienses, que todos estos que ascendieron al tribunal...". Pero no siéndole permitido continuar hablando, descendió y se retiró entre los espectadores.

(15) De este modo, pues, Sócrates fue condenado a muerte, y el príncipe de los filósofos muere bajo condena. E inmediatamente es hecho prisionero y llevado a la cárcel. Y, después de pocos días, el veneno determinado por la sentencia de los jueces lo apuró con decisión y grandeza de ánimo, habiendo disertado antes muchas y excelentes doctrinas sobre la inmortalidad del alma.

(16) Pero explicaré con brevedad por qué no ejecutaron inmediatamente el suplicio después de su condena. Existía una cierta costumbre antigua en Atenas por la cual no se ejecutaba el suplicio de ningún reo antes de que regresara de Delos a Atenas una cierta nave que todos los años era enviada desde allí hasta aquel lugar por los atenienses. Era esa precisamente la nave en la que Teseo había llevado en otro tiempo a aquellos catorce y los había salvado, poniéndose a salvo también él mismo.

(17) Por lo cual, los atenienses habían hecho la promesa a Apolo de enviar todos los años a Delos un festejo público si aquellos catorce salían incólumes. Y realmente mantuvieron lo cual ininterrumpidamente todos los años a partir de entonces. Condenado, pues, Sócrates y puesto en prisión, quizá la indicada nave no había aún regresado a Atenas, como de ordinario sucedía. En consecuencia, la ejecución del suplicio quedó aplazada hasta tanto la nave enviada no volviera.

(18) Así pues, en ese intervalo de pocos días era inducido de aquí y de allá por persuasiones varias de discípulos y amigos para que, por haber sido condenado sin culpa, huyera de la cárcel y de este modo procurara su salvación con la fuga. Lo cual como no pudiera obtenerse que lo hiciera, lo persuadían a que permitiera al menos ser sacado por ellos. Pero aunque fácilmente podía hacerse, no lo quiso. Los mencionados amigos y discípulos habían hallado ese modo de sacarlo, por lo cual prometían hacerlo por un dinero que pedían aquellos que se proponían salvarlo y sacarlo.

(19) Y habían traído ya el dinero dispuesto para ello. Lo cual, como lo deshiciese luego el propio Sócrates, desaprobó también ese hecho como delito indigno y malvado, y se negó a salir. Y como ellos rechazaran su decisión como absurda e impropia y lo disuadieran cuanto podían de que así lo hiciera, llegada, al fin, la nave, la muerte parecía estar ya pronta. Por lo cual, Critón, familiar suyo, llegó antes del amanecer hasta él para persuadirlo de que consintiera salvarse. Y reunía de aquí y de allá muchas razones que consideraba muy válidas.

(20) Pues hizo mención tanto de la infamia general del pueblo como de la traición a su propia vida y, en definitiva, de la orfandad de sus hijos. Y se detuvo largamente en todos estos extremos. Pero Sócrates respondía a todo esto de forma tal que fácilmente lo refutaba todo y permanecía con magnanimidad en el firme propósito de morir, testificando entre

otras cosas que su dios le había persuadido esto. Al final, teniendo en sus manos aquella bebida mortal, habló de tal modo que parecía no estar condenado a muerte sino ascender al cielo, como se deduce manifiestamente del discurso aquel suyo,

(21) del cual dice Platón que hizo uso ante los jueces una vez sentenciado a muerte: "Me sostiene, dijo, la gran esperanza (*euelpis*), oh jueces, de que me acontezca ser enviado a la muerte. Sea, pues, necesaria una de estas dos opciones: o bien que la muerte me aparte por completo de todo sentido, o que yo emigre por la muerte a otro cierto lugar". Y de tal forma proseguía con otras cosas así, que no sólo parecía no huir la muerte sino también desearla y apetecerla al máximo.

(22) Así pues, en este intervalo de pocos días, antes de que, como ya dijimos, recayera sobre él el suplicio después de su condena, a muchos familiares suyos, y en primer lugar a Critón, allegado y amigo, que lo persuadían para que finalmente accediera a ser extraído de la cárcel, se opuso con múltiples razones.

(23) Y, además, disertó de tal modo sobre la inmortalidad del alma que demostró pública y abiertamente que él deseaba morir no por impericia en el discurso sino por menosprecio de la muerte. Y no cabe encomiar bastante cuán óptimamente hizo esto. Pues como varón sapientísimo, prefirió que cuanto le restaba de vida concluyera para él a que continuase. Y mientras era tan poco comprendido por los hombres de su tiempo, quedaba encomendado y reservado a los juicios de los posteriores y consiguió, con una breve pérdida de su ancianidad última, la perpetuidad de todos los siglos.

(24) Y esto mismo lo compuso óptima y elegantemente Platón en su libro titulado *Fedón*. Esa discusión de Sócrates sobre la eternidad del alma, introducida por Platón en el mencionado libro del *Fedón*, tanta fuerza persuasiva tenía en otro tiempo que algunos, por creer a Platón, se dieron muerte, como sobre cierto Teombroto en ciertos autores idóneos leemos escrito.

(25) Finalmente, sólo escribió *Peanes*, es decir, alabanzas de Apolo, y una fábula esópica, llegado ya al momento final de la muerte. Y se dice que para hacerlo entonces, no habiéndolo hecho nunca antes en toda su vida, fue inducido precisamente por la razón de que la tardanza de la nave en retornar y la festividad de Apolo detenían la ejecución de la muerte. Por ello, era advertido a menudo en no sé qué sueños a que antes de morir realizara poesía y la ejerciera, y purificara el alma con la religión y redactara algunos poemas.

(26) En consecuencia, hizo lo primero en honor del dios mismo cuya festividad se celebraba. Luego, para satisfacer más cumplidamente a lo visto en sueños, no queriendo ser poeta, entonó ciertas fábulas de Esopo que más fácilmente sabía. Y se dice que el comienzo de la alabanza de Apolo era así: "Salve Apolo delio, salve Diana". Y es tradición que el comienzo de la fábula era éste: "Esopo refirió esto...". Y lo que sigue.

(27) Cumplido todo esto, y de modo tan sabio y magnánimo, final-

mente, como el tiempo de morir ya urgiera, preguntado por Critón, su discípulo, cómo quería ser sepultado, respondió: "Mucho esfuerzo, amigo, he realizado en vano. Pues a nuestro Critón no logré persuadirlo de que yo habría de volar de aquí y no dejaría nada de mí".

(28) Sin embargo, vuelto después hacia él, dijo: "Critón, si puedes darme alcance o por casualidad en algún lugar me hallares, entiérrame como te parezca", y así de lo demás. Poco después de su septuagésimo año de edad, bebió el veneno por sentencia de los jueces. Y de este modo murió estando presentes sus hijos. Ninguna obra [escrita] quedó de todas sus cosas, a no ser únicamente la alabanza de Apolo y la fábula de Esopo, como ya dijimos.

(29) Cuánta penitencia recayó sobre los atenienses por esta muerte de Sócrates se colige con facilidad de que inmediatamente cerraron los teatros y las escuelas, como por luto solía hacerse en algunas ciudades. Luego, condenaron a sus acusadores, a unos al destierro y a otros a muerte. Pues a Anito, al volver aquel mismo día, lo mataron en Heracléade. Y a Meleto lo condenaron a muerte.

(30) Y no contentos con esto, dieron públicamente honores a Sócrates con una estatua de bronce que, realizada por Lisipo, el mejor escultor de aquel tiempo, la colocaron en el lugar más importante de la ciudad. Murió el año primero de la nonagésimaquinta Olimpiada, por lo que es claro que murió septuagenario, puesto que nació el año cuarto de la septuagésimoséptima Olimpiada, como ya dijimos.

(31) Hubo también otro Sócrates, historiador, quien relató algunas cosas acerca de los Argonautas. También hubo otro Sócrates de Bitinia, y aún otro, poeta, autor de epigramas. Y, por último, uno de Chous, quien escribió imprecaciones e invocaciones de los dioses".

* * *

Esta es la *Vida de Sócrates*, de G. Manetti, con su elegante lenguaje y sus nuevos acentos de modernidad incipiente. La atención se dirige no sólo a la expresión sino también a los matices humanos, a las actitudes morales y, en general, a esa "vida interior" que la época moderna constituirá lentamente en el centro mismo del "universo" humano.